

EL LIBRO DE LA AMISTAD

**TRADUCIDO DEL FRANCÉS, DE LA PRIME-
RA EDICIÓN, Y AUMENTADO CON NOTAS,**

POR

ROBERTO ESPINOSA.



EL LIBRO DE LA AMISTAD

TRADUCIDO DEL FRANCÉS, DE LA PRIMERA EDICIÓN, Y AUMENTADO CON NOTAS,

POR

ROBERTO ESPINOSA.

A LOS LECTORES DE ESTE LIBRO.



En malos días para la Patria, cuando traduje este libro, por juzgarlo de oportunidad, decía á los que lo leyeron lo siguiente:

“Dos años há que publiqué un libro traducido de la lengua francesa. Este trabajo mío alcanzó satisfactoria acogida del público, señaladamente de parte de las personas consagradas al cultivo de las buenas letras. Los testimonios de aprobación con que entonces me favorecieron varios literatos compatriotas míos, hicieronme cobrar nuevos alientos para emprender otras labores de este linaje. Como resultado de ellas, existen entre mis pa-

poles tres ó cuatro obrillas, de la índole y naturaleza de la que hoy principia á ver la luz pública, vertidas únas de la lengua inglesa y otras de la francesa.

¿Por qué he preferido la publicación de "*El libro de la Amistad*" á cualquiera de las otras traducciones que, como llevo dicho, existen concluidas? Si tal se me preguntase, contestaría: porque tengo para mí, que este libro es muy de sazón y de este lugar, trayendo á la cuenta los malos y calamitosos tiempos que corremos, en los cuales, como solemos decir, todo corre turbio. Venos que la discordia se señorea en nuestra sociedad; que el odio, fiero, implacable, divide al amigo del amigo, y aún al hermano del hermano; que los vínculos de la humana familia se hallan flojos y relajados; que nada se respeta y por todo se atropella. En tan triste estado de cosas, juzgué que la lectura y meditación de las páginas de este libro contribuiría, en cierta manera, á suavizar la acritud de opuestos ánimos, y acaso á restituir los sentimientos de

III

paz y de fraternidad entre nuestros hermanos. ¡Plegue al cielo que mis esperanzas no salgan fallidas!

“Harto daño nos {causa la política. El resultado de las inútiles y estériles cuestiones que nos ocupan, que nos absorben de todo en todo, no nos permite avanzar—¡tamaño desgracia!—ni un paso en el sendero del bien y verdadero progreso. De aquí que los esfuerzos constantes de unos pocos bien intencionados, sean débiles en presencia de ese torrente de aviesas pasiones y encontrados intereses que todo le embisten y postran. ¿Seremos alguna vez atentados y prudentes para usar con tino y parsimonia de los dones que del Cielo hemos recibido? Nuestro destino aquí sobre la tierra es seguir derechamente on pos de la verdad, que es el bien supremo, y, en hallándola, probar á ser buenos y virtuosos con su influjo bienhechor. Mejoremos el estado actual de nuestra enferma sociedad, avigorándola al calor vivificante de la amistad, del amor; porque la amistad perfecta y sin reserva y el amor

santo y puro, son los engendradores de las acciones heroicas, de las magnificas ideas, bien, así como del voluntario sacrificio y de la sublime abnegación; porque la amistad y el amor nos trasportan á alzadas regiones donde, á la plácida luz de celestiales esperanzas, hallamos belleza y consuelos hasta en el dolor, fruición inefable y santa, aun en la tristeza y el infortunio.

“Algo me resta que agregar tocante á la traducción de la presente obra. Muchos imaginaron que esto de traducir de un idioma en otro es cosa llana y facilmente haccedera, y así juzgando fallaron magistralmente y condenaron, por tal cual lunar que en el escrito se hallare; pero andan errados los que tal suponen y así proceden. Yo de mí sé decirles, que traducir es labor ímproba, penosa, difícil; que necesario es mucho estudio, mucha meditación, mucho trabajo para llegar á buen término. A los que sólo buscan defectos para condenar, bueno y oportuno será que, en conclusión, les cite lo que á este res-

pecto decía un grande ingenio, Fray Luis de León:—*De lo que yo compuse juzgará cada uno á voluntad: de lo que es traducido, el que quisiera ser juez, pruebe primero qué cosa es traducir obras elegantes de una lengua extraña á la suya, sin añadir ni quitar sentencia, y con guardar cuanto es posible las figuras del original y su donaire, y hacer que hablen en castellano y no como extranjeras y advenedizas, sino como nacidas en él y naturales. No digo que lo he hecho yo: ni soy tan arrogante; mas hélo pretendido hacer y así lo confieso. Y el que dijere que no lo he alcanzado, haga prueba de sí y entonces podrá ser que estime mi trabajo más”.*

Los tiempos actuales quizá no son mejores que los en que se escribieron las líneas que anteceden. De 1880 á esta parte, poco, muy poco, hemos avanzado en punto á amor patrio. Que la lectura de estas páginas sea provechosa á mis compatriotas, es el vivo anhelo que me anima.

ROBERTO ESPINOSA.

PREFACIO.

Todavía un libro más que trata de la amistad, y en los malaventurados tiempos que alcanzamos, ¡y cuando tanto se ha dicho y escrito sobre asunto barto trillado! Y luego, hallándose hoy abrumados por los horribles recuerdos de las últimas desgracias y crímenes que á la pobre Francia la llevan como pasmada; en un estado de cosas tal que se presienten aún graves y acaso más espantosos acontecimientos, ¿será el oportuno tiempo de soñar con las dulzuras de la amistad?.....

Largamente se ha descurrecido sobre élla en todo tiempo, y parecerá cosa difícil decir al presente algo que antes no se hubiese dicho ó escrito. Así es la verdad, como lo es también que cuantos hasta el día han tratado de la amistad, lo han hecho de una manera incidental ó incompleta.

El amor ha sido siempre asunto de varios libros; pero, notadlo bien: el amor no es la amistad. A-

quel, por el lado que queráis considerar, será siempre una pasión. Se dirá que la amistad se presenta alzada y pura (señaladamente al sensualismo de los tiempos en que vivimos), y que por lo tanto, debe temerse el manifestarla en toda su encantadora sencillez; mas sea de ello lo que se fuere, nosotros afirmamos, que hasta el presente no ha aparecido un sólo libro que de todo en todo satisfaga en esta materia.

Sobradamente conocemos el diálogo de Cicerón intitulado *De Amicitia*, y asentamos que tal entretenimiento filosófico es el trabajo más admirable y acabado que jamás se haya escrito en la antigüedad sobre el asunto que nos ocupa; y, con todo, muy distante se halla de ser completo. Como quiera que no es perfecto el orden que en aquél se observa, tocante á la disposición de las materias, resulta que no se encuentra un tratado fielmente seguido. Son páginas magníficas y admirables sobre la amistad, que encierran ideas tan grandiosas y máxi-

VIII

mas tan puras, que solamente un cristiano pudiera haberlas concebido. Mas, cuando se ha leído esta obra maestra de la filosofía antigua, se entra en sí mismo, consúltase la experiencia, y se encuentra al fin que hay todavía mucho que decir.

Y eso que nunca se ha dicho ni escrito hasta ahora, probamos nosotros á manifestarlo:—*un libro ó tratado completo acerca de la Amistad.*

Puede considerarse á la amistad, ya de una manera general, ya en su particular aplicación á las diversas condiciones de la vida. Los moralistas, de ordinario, lo han considerado únicamente en el primer punto, y nosotros les hemos tomado quizá lo mejor de su doctrina. Juzgamos que procedíamos atinadamente, en las diversas cuestiones en que vamos á ocuparnos, reproduciendo lo que acerca de la materia han discurrido los ingenios más insignes de todos tiempos y naciones. Así, hay capítulos en la primera parte de nuestro libro que

IX

se asemejan á unos á manera de mosaicos, compuestos de finas piedras, y nosotros únicamente las hemos recogido y puesto en orden. Trabajo es éste, en nuestro entender, digno de grande interés.

Trata la segunda parte de nuestro libro, de la amistad considerada en las diferentes condiciones de la vida; y en ella la labor es exclusivamente nuestra. Bien poca cosa nos ha suministrado una buena parte de las ideas que comprende aquella.

Hé aquí lo que teníamos que manifestar en cuanto al conjunto y la general concepción del libro. Mas lo que concierne al punto de oportunidad; confesamos lisa y llanamente, que hartas dudas se nos han ofrecido. Quizá no es sazón para que las inteligencias graves se entreguen á los dulces desvaríos de la amistad. Después de las catástrofes que recientemente hemos sufrido, y hallándonos todavía como ahogados en medio de la perplejidad y los temores que nos inquietan por lo porvenir, encontramos

cierto día estas páginas, en tiempos menos tormentosos, volvimos á leerlas, y acabamos por convencernos de que contenían bálsamo refrigerante para algunas de nuestras heridas. Y entonces nos dijimos que no estaba bien ni teníamos derecho de guardar para solos nosotros eso que podría ser útil y consolador á nuestros hermanos de infortunio. Ved aquí el móvil que nos resolvió á confiar estas páginas á la insegura corriente de la publicidad.

Sí, á todos los que lloran y padecen; á los corazones enfermos, fatigados de la vida, exánimes y desfallecidos, se dirige señaladamente el desconocido autor, y, cual una dulce y plácida esperanza, como una voz de aliento y de consuelo, modestamente les ofrece: "*El libro de la Amistad*".

PARTE PRIMERA.

De la amistad en general.

CAPITULO I.

Principio y fin de la amistad, su definición.

Cicerón en su Diálogo de la amistad, la define en estos términos: "Es la correspondencia perfecta de las cosas divinas y humanas, fundadas en la benevolencia y la caridad".

Aunque hermosa esta definición, no será la nuestra; enfática en su forma, suena bien tan sólo en los labios de un filósofo. La amistad, sentimiento sencillo y natural en el corazón del hombre, sea ignorante ó sabio, debe ser definida con sencillez.

El conocimiento del principio y fin de la amistad, nos ayudará á definirla con exactitud; como quiera que, conocidos estos dos términos, lógica y naturalmente se desprenderá su definición. ¿Cuál es el principio de la amistad, y cuál debe ser su fin? Veámoslo.



Cuando se halla pervertido el espíritu, y el corazón del hombre juntamente, se pierde la noción del verdadero principio de la amistad. Natural es que nos remontemos hasta Dios para encontrar la primitiva fuente de esta afección donde, sin ningún trabajo, la hallaron los filósofos paganos. “Es necesario referir á los dioses inmortales la amistad, decía Cicerón; y nada más que yo sepa, excelente han dado á los hombres, si se exceptúa la sabiduría” (1) En efecto, la amistad es una derivación del amor; ¿y cuál es, aquí en la tierra, el verdadero amor que no tenga su principio en el eterno amor de Dios? De otro lado, la amistad, bien así como el amor, es á manera de efluvio y una como expansión de la *bondad* en el corazón del hombre; y esta bondad; ¿no emana, por ventura, del corazón del mismo Dios? “Sólo Dios es verdaderamente bueno”, de-

(1) *Quà quidem haud scio, an, exceptá sapientiá, quidquid meliús homini sit a Diis immortalibus datum.—De Amicitia.*

cia Jesús nuestro Salvador: *Nemo bonus, nisi unus Deus.* (Marc. X., 18.)

Así la amistad es sentimiento natural y espontáneo en el hombre; y si derechamente se quiere buscar el origen en su corazón, se le encontrará en el foco natural de la bondad, de la generosidad, es decir, en el foco del amor. Después de esta elevada teoría acerca del principio de la amistad, viene otra que lo constituye en el interés personal; la mezquina teoría del egoísmo, que es, entre todas las humanas flaquezas, la que llena el mundo, cuán ancho es y de aquí que ésta sea naturalmente ésa la más general. En tal sentido, la utilidad personal deberá mirarse como el principio de la amistad.

Pero Cicerón jamás aceptó semejante teoría. "En mis reflexiones acerca de la amistad, decía, me he interrogado á menudo sobre si son la debilidad y la indigencia, las que le hacen deseable ó si el cambio de recíprocas ventajas que pueden obtenerse, sea en élla como su propio carácter. Ciertamente que no

es así, pues hay en su naturaleza una causa mas antigua y más noble: es á saber el amor, de donde la amistad saca su nombre; hé aquí el origen principal de esta benevolencia en la cual los corazones se confunden. Nada hay en esta región que se oculte con la máscara del disimulo; todo es voluntario, verdadero. Así pues, no en la flaqueza, ni en la necesidad hay que buscar la razón de ser de la misma. Existe en la amistad algo de lo que se observa en el amor natural de los padres para con sus hijos. Encontramos á un sujeto cuya naturaleza y costumbres se conforman con las nuestras; el de su virtud y de su mérito nos deslumbra, y sentímonos como impelidos á buscar su amistad. Experimentaremos, sin duda, el deseo de aprovechar de su amistad, pero llevados sólo del interés moral de nuestra vida; y como el amigo sentirá de su parte deseo semejante, se establecerá desde luego, una verdadera igualdad, probando recíprocamente, y á cual más, á lle-

gar á ser mejor. Si fuese al contrario, el interés material y personal el solo principio de la amistad, se le viera fluctuar necesariamente á merced de ese interés, y desbanecerse á la par que los motivos de conveniencia que la engendraron. Siendo como es la naturaleza, que jamás cambia, el fundamento de las verdaderas amistades, se sigue que son eternas como el principio de donde proceden”.

“Además, añadía Cicerón, dar á la amistad el interés por principio, es arrebatarle el mayor atractivo que posée. No son á la verdad, las ventajas que se saca de un amigo lo que produce el encanto de la amistad, es el afecto del corazón. La utilidad es más bien la consecuencia de la amistad, que no el principio. Ser amigo de alguno, concluía Cicerón, es amarle por él mismo y sin mira ninguna de interés personal (1)”.

(1) *Amare autem nihil aliud est nisi eum ipsum diligere quem ames, nullá indigentia, nullá utilitate quaesita.*—De Amicitia.—Parsim.

Admitido este principio, es fácil determinar el fin de la amistad, pues sigue el curso natural de todas las cosas. La amistad, cuyo origen se halla en los más alzados, generosos y fecundos sentimientos del corazón humano, se cuida sólo de dar su verdadero fruto, que es la virtud; consecuencia que se deduce tan lógicamente de su principio, que muchos moralistas han confundido á menudo una y otra; y señaladamente Cicerón habla en su Diálogo de la virtud, como si fuese la base de la amistad (1).

“La virtud, sólo la virtud exclamaba este filósofo, es el principio que, conciliando las amistades, las hace duraderas. Sí, en élla debe buscarse la correspondencia de las cosas, bien así con su estabilidad. Cuando el hombre virtuoso ve reflejar en otro los destellos que de él se desprenden, se acercan las dos

(1) Tratando de este linaje de ideas, ha dicho el P. Lacordaire: “La virtud únicamente produce el amor, porque sólo ella engendra la abnegación.”

claridades y se confunden; y de esta abrsaada hoguera es de donde surgen el amor y la amistad. Seamos cautos, y nunca nos escojamos para amigo al hombre á quien un día dejaremos de estimar. La ley fundamental, en punto á amistad, debe ser ésta; no exigir á nuestros amigos cosa alguna contraria á lo justo y honesto, ni hacer nada en pró de ellos que nos acarreará deshonor. ¿Qué podrá excusarnos cuando hacemos en provecho de un amigo algo que fuese vergonzoso? Repitamos una vez más: la virtud únicamente produce la verdadera amistad, y ésta no puede subsistir cuando ha desaparecido aquélla. La naturaleza nos ha dispensado el dón precioso de la amistad para ayudarnos á practicar la virtud, y no para que sea la compañera del vicio. Aun en la necesidad de socorrer á nuestros amigos, nos es menester respetar los altares: *Opitalandum amicis, sed usque ad aras.* Así, concluye Cicerón, en tratándose de la virtud, sin la cual no puede existir amistad ninguna, os aconsejo que

la coloquéis en alto, y podréis conocer que nada hay si se exceptúa la virtud, más grande que la amistad (1).”

Bien pudo Cicerón, con doctrina tan elevada, exigir á los amigos recíproco respeto. “Quitar el respeto á la amistad, decía, es arrebatarle su mejor adorno: *Maximum ornamentum amicitia tollit, qui ex eâ tollit verecundiam.*”

Resumiendo lo que acabamos de exponer, tocante al principio y fin de la amistad, fácil es sacar las consecuencias que de ello se deducen.

La amistad, en su genuina significación, es, desde luego, la unión de dos almas. No es la sensibilidad física su elemento radical, ni tampoco la sensibilidad moral del corazón: es el acto libre, tranquilo, inteligente y desinteresado de dos almas que se eligen para conformar y armonizar toda su vida. “La amistad vive por sí misma y por sí sola, decía el Padre Lacordaire; libre en su nacimiento, así se mantiene

(1) *De Amicitia. — Passim.*

en todo su curso; su alimento es la correspondencia inmaterial entre dos almas, una como semejanza misteriosa entre invisible belleza de ambas."

Dijimos que la amistad es la unión de dos almas; y como una alma puede escojer muchas almas, la amistad, relativamente perfecta, no puede existir sino entre *dos*, como lo veremos después.

El acto de estas dos almas no es sólo inteligente y tranquilo en su elección, es también libre; libre como la voluntad de la cual emana; de aquí que no dependa sino de sí propia. El amor, como quiera que es una pasión, pocas veces es libre, porque la pasión supone siempre cierta esclavitud del alma que la avasalla. Pero la amistad no es pasión; desde su nacimiento hasta su término, donde la consideraremos, es casi una virtud; y sabido es que el carácter esencial de la virtud es el de ser libre.

Hemos dicho, finalmente, que la elección de dos almas, que constituye la amistad, debe ser desinte-

resada; condición es ésta de todo en todo necesaria; y supérfluo sería después de lo dicho cualquiera otra exposición.

Menester es no exagerar cuando se trata del fin común de la amistad. Tenemos para nosotros, que habrá exageración en decir, que no hay amistad alguna que merezca tal nombre, fuera de la que se propone directamente la práctica de la virtud. Elegir un amigo con el exclusivo fin de llegar á ser mejor y uías virtuoso, es haber avanzado mucho en el camino de la virtud. Mas, aparte de esta generosa disposición del corazón, ¿no habrá todavía otro sentimiento que merezca el nombre de amistad? Quizá le haya; pues existe un afecto vago y general deseo del bién, que no se eleva muy alto pero que basta á constituir una amistad, imperfecta, sin duda, pero, así y todo, verdadera é importante. Además, ese amor, ese respeto y afecto general del bién, implican un deseo vago de la virtud, El amor del bién generalmente hablando, es el amor de lo bueno, de lo bello y

verdadero; y la virtud, como teoría, no es más que el resumen de estos tres elementos. Admitiremos, pues, que la amistad puede subsistir en el amor general del bien, considerado como fin, y así, nos resolvemos á definirla del modo siguiente.

“La amistad es la unión libre y desinteresada de dos almas en el amor del bien.”



CAPITULO II.

Necesidad de la amistad.

“No está bien que el hombre viva solo (1)”, dijo Dios cuando el primer hombre salió de sus manos creadoras, y formó entonces á la mujer. Largo tiempo después en medio de las sociedades disemina-

(1) *Non est bonum hominem esse solus.*
Gen. II. 18.

das por el ancho mundo, un sabio, inspirado por el espíritu de Dios, dijo en el propio sentido. “¡Ay del solo! que cuando cayere, no tendrá quien le levante. (1)

Ley general de la naturaleza es en el mundo la unión y sociedad de los seres. Hasta en el cielo, los ángeles no se multiplican sino mediante los lazos que los unen: forman coros y gerarquías. Los astros en el firmamento se agrupan en distintas constelaciones, y ninguno hay que, por relación particular y natural, no forme parte de un sistema general. El pájaro que vuela por los aires, el pez que nada en las aguas, en fin, cuantas criaturas se arrastran, caminan ó saltan sobre la tierra, se buscan y viven en sociedad. ¿No se ve también en la naturaleza inanimada los vegetales y minerales sometidos á las leyes de la aproximación, atracción y cohesión? No hay una molécula, un átomo que se aceptúen de esta ne-

(1) *Vae soli! quia, cum ceciderit, non habet sublevantem se.—Ecles. IV. 10.*

cesidad; pero es en la humanidad donde impera señaladamente esta ley. El hombre es la obra maestra de la Creación, y Dios le ha dado un corazón que busca á su semejante:

“Un corazón del cielo ha recibido Juan solo para amar (1)”

ha dicho el poeta; mas, para amarse, menester es asociarse, unirse. salir del triste egoísmo de la soledad. “Sólo un Dios ó una fiera montaraz, decía Aristóteles, pueden hallarse satisfechos viviendo solos: *Qui solitudine gaudet; aut fera aut deus*”. Cicerón no consentía que se hablase de esta virtud dura, *virtud de hierro*, como llamaba á la soledad, puesto que ciertos filósofos la enaltecían en su propio aislamiento.” “La naturaleza, agregaba, no gusta nada que sea solitario, y siempre se la ve adherirse á cualquiera cosa como buscando protección. Más notable es semejante tendencia en la amistad y esa aproximación es tanto más dulce, cuanto más íntima sea la in-

(1) “On n'a reçu du ciel un cœur que pour aimer.”

clinación que nos mueve hácia el amigo”.

“En cuanto á mí, decía Schiller, si solo estuviese en la creación, buscaría una alma entre las rocas, y me abrazaría á éllas. Ensordecería el espacio con mis quejas, y me regocijaría ¡pobre insensato! escuchando cómo las grutas respondiesen á mis acentos de simpatía”.

Refleccionando sériamente acerca de este punto, se encuentra además de la necesidad de la amistad, otra razón, razón más íntima que la ley general que acabamos de manifestar. “Cuando Dios formó las entrañas del hombre, ha dicho Bossuet, puso primeramente en éllas la bondad, como signo principal de su sér”. Tan admirable pensamiento nos revela la base fundamental de la amistad. La bondad del corazón de Dios le inclinó á salir de su eternidad para crear al hombre en el tiempo y enriquecerle con todos los dones naturales y sobrenaturales en su primera condición; esa misma bondad mandó descender al Hombre-Dios hasta el abatimien-

to de la Encarnación y los padecimientos y muerte de la Redención (1). Algo de esa divina bondad se transmitió á las entrañas del hombre en el día de su creación; y apesar de hallarse ahora decaído por el pecado, no ha perdido enteramente “el signo esencial que Dios le dió de su sér”; la bondad vive en su corazón y le acerca á sus semejantes, sobre todo, al flaco, al dolorido y desgraciado, acabando por darles su amistad. Ser amado es una necesidad vital en el hombre; más, no sabemos si sea mayor la necesidad de amar: su corazón es bueno por naturaleza, y ved por qué ama, y de aquí en nuestro sentir, la principal razón de ser de la amistad.

Gustar sólo de ser amado es consecuencia del amor propio; pero gustar de amar, la es de un buen corazón.

Sin la amistad la vida humana sería incompleta. “La vida se bus-

(1) *La Encarnación muestra al hombre la grandeza de su misericordia, por la grandeza del remedio que ha sido menester, dice Pascal.*
Nota del traductor.

ca en lo que se ama", decía San Agustín; y cuando no se ama "se vive en la muerte", siguiendo la letra de San Juan: *Qui non diligit, manet in morte.*

Sí, la amistad es para el hombre un elemento de vida natural (1); hay más: es la llama, la luz, el sol de la vida. Sin élla, nos pareciera el cielo sombrío, pesada la existencia, y el corazón languidecería en su aislamiento. "Quitad la amistad, decía Cicerón, y habréis retirado el sol del mundo: *solem e mundo tollere videntur, qui amicitiam evitè tollunt*". Siendo así, ¿cómo no exclamar con una célebre mujer, cuando afirma que "toda la ciencia del hombre consiste en el amor?" "Amar decía también el sabio Tritemio, amar es saber". "¡Ay infeliz, exclamaremos con Bossuet, infeliz de la amistad estéril, que no se convierte en afecto y que se trai-

(1) "Cuando no se ha amado de veras una vez, decía un hombre de ingenio, se ama cien veces. No se rehace el cuadro, pero se principia otro bosquejo".—Nota del traductor.

ciona á sí misma”!

No quiere Dios que haya aquí en el mundo tristezas sin consuelos: si así no fuese, grande pena sería el vivir. Pero tampoco quiere que haya alegrías sin tristeza: al no ser así, grande pena sería el morir, “Lágrimas hay por todo el universo, decía el Padre Lacordaire; y como las hay sin causa conocida, se deslizarán también sin causa, por el sólo encanto que origina esta indefinible tristeza, cuyo misterioso y profundo abismo es nuestra alma”. “La desgracia, añadía, es la reina del mundo; y, tarde ó temprano, todo corazón de su centro se apodera”. Así, el natural consuelo que nos da la Providencia en medio de esas grandes tristezas, es la amistad. “Dios ha mezclado la amistad en la vida, decía Plutarco, á fin de derramar en ésta el encanto, la dulzura y el consueño”.

Tal consideración fué sin duda la que obligó á decir á Salustio, que “el hombre nunca tiene muchos amigos en la vida: *“Amicorum nunquam cuiquam hominum satis fuit”*. Y así

es la verdad: siendo e no es la vida del hombre una tristeza inacabable, nunca habrá suficiente amistad para consolarla. Concluiremos con m. dama Swetchine: "no descansemos de sembrar en nuestra ruta semillas de benevolencia y de simpatía. Muchas de ellas perecerán, sin duda; pero si hay una sola que germine y crezca, bastará para embalsamar nuestro sendero y regocijar la vista".

El Padre Lacordaire decía: "El amor y la paz forman el elemento más ostensible de la felicidad. Amar, es vivir de la vida del corazón en el recinto más vivo y consolatorio de nuestro sér; allí la personalidad deja su aislamiento y en otra existencia se espacia; allí se puede ser dos sin dejar de ser uno; se enjuga las lágrimas, se adivinan los sufrimientos, las faltas se perdonan, y, finalmente, hasta el dolor adquiere cierta dulzura, porque se comparte con otra persona querida. Y cuando la paz se auna con el amor, cuando en una misma alma juntamente moran lo que conmueve y tranquiliza, lo que

exalta y alegra, se verifica de tan casta alianza una á manera de unión divina que, sino es la felicidad—¡que tanto es menester para ser feliz!—es algo como una sonrisa plácida, como la primer fragancia de la tierna flor.”.

CAPITULO III.

De las simpatías y antipatías.

Cuando por instinto experimenta el corazón del hombre la necesidad de la amistad, búscala donde quiera, y tiende á élla con todas las potencias de su sér. Naturalezas hay á las cuales la amistad es vitalmente necesaria, y, con eso y todo, ni la buscan ni la solicitan, afectuosas y ardientes á las veces, pero tímidas y reservadas, delicadas y quizá fieras son aquéllas: su vida toda no es más que una aspiración secreta y congojosa, perpétua y dolorosa há-

cia la amistad.

Otras hay que absolutamente no pueden excusarse de amar y de ser amadas; y cuando la amistad no viene en pos de ellas, la buscan, la solicitan. En ocasiones acontecéles que, en vez de amistad, topan con naturalezas que las rechazan. No hablo de las personas que menosprecian esa candorosa confianza, no; pero se observan á menudo ciertas fisonomías, ciertas organizaciones, ante las cuales uno se siente como impeliódo á alejarse desde el primer encuentro. Y los que así se presentan no son malvados: acaso buenos son y virtuosos, y conociéndolo juzgais que bien merecieran vuestra simpatía; pero sentís que hay una barrera insuperable entre ellos y vuestro corazón. No les aborrecéis, no les desprecias, pues apenas si los conocéis; mas, lo cierto es que no les amais, y os hallais instintivamente persuadidos de que nunca podréis amarles.

¿De dónde proviene tal fenómeno?
 ¿Se ha revelado acaso el alma de esa persona en la palabra y en la fisono-

mía? ¿Habéis juzgado que ese corazón no es digno de vuestra estima? No, semejante manifestación no se ha efectuado, y errados andan vuestros juicios; será preocupación, si se quiere, pero es invencible en el ánimo. La antipatía no razona, tampoco es razonable; pero existe, es natural y persistente. Para destruirla, ó siquiera modificarla, serán menester muchos años de labor, y quién sabe si jamás se llegará á conseguirlo!

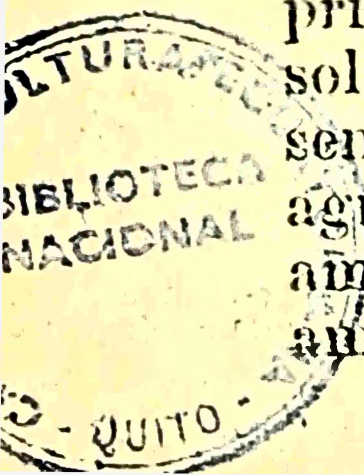
Nunca tendréis razón en eso de dejaros llevar por esas antipatías, ni será propio de un cristiano corazón. Necesario será humillarse, desde luego, pues aquello que solo es un instinto, es más fuerte que la razón. Pero, en la práctica de la vida, sobre todo, debemos andar desconfiados tocante á este punto.

Cuando encontrais á una persona que os es antipática, si no os hallais precisado á volverla á ver, no corréis peligro de caer en juicios temerarios. Mas, si las necesidades de la vida os acercan frecuentemente á élla, guardaos porque la antipatía os llevará á la injusticia. Quizá en teoría no

seréis responsables de vuestras disposiciones; pero, en tratándose de vuestras acciones y palabras, cuando con ellas faltéis á la justicia, ¿qué excusa podrá justificaros?

Bien podemos luchar contra la antipatía; pues conservando las disposiciones interiores de las que no es uno responsable, podréis adquirir, resistiendo, virtud y mérito en la práctica exterior de la vida. Prueba larto difícil, á la verdad; pero tanto más meritoria cuanto que da un testimonio de valía ante Dios y la conciencia.

Tocante á las antipatías, que todos conocen, baste lo que dejamos apuntado; respecto á lo que se llama simpatías, asentamos que no hay hombre alguno que no las haya experimentado. "Personas hay á quienes nunca se ha visto, dice madama Smetchine, pero se las reconoce la primera vez que se las ve". Y no solo se las reconoce, sino que nos sentimos impelidos hácia ellas: nos agradan natural y súbitamente, y las amamos. No decimos que esto sea amistad; pero sí que es una predispo-



sición instintiva algo como el primer paso hacia la amistad; es, en fin, la simpatía.

Lazos secretos hay, hay simpatías
Que, en relación dulcísima, confunden
Las almas que armonizan, y por algo
Secreto inexplicable,
Sin violencia y rencor todo se sufren (1).

Otro poeta, Ovidio, creía haber encontrado en la amabilidad el secreto de este fenómeno de atracción simpática. “Para ser amado, dice, necesario es que seais amable: *Ut ameris, amabilis esto*”. Pero, ¿en qué consiste la amabilidad que despierta la simpatía? Difícil será investigar sus elementos, y más aún el explicarlos. Esa simpática amabi-

(1) “Il est des nœuds secrets, il est des sympathies

Dont par les doux rapports les âmes assorties

S'attachent l'une à l'autre, et se laissent piéger

Par ces je ne sais quoi qu'on ne peut expliquer.”

P. Corneille.

lidad tiene algo de relativo y personal. Miráis, por vez primera, á una persona que nunca hizo cosa alguna en provecho vuestro, y á la cual sois del todo extraño. Como del joven de quien se habla en el Evangelio de San Marcos, "le miráis y le amáis: *Jesus autem intuitus eum, dilexit eum* (1)." ¿Qué pasa, pues, entre vuestra alma y la suya? Bien poca cosa, sin duda. Pero, ¿por qué os sentís impelido hácia élla con simpática amistad?

Un día miran vuestros ojos brillar un alma en una mirada desconocida que os atrae así con dulce simpatía. Observáis que esa alma se refleja y como dilata en las facciones del rostro y en la palabra, y que vuestra simpatía se desenvuelve rápidamente en tanto la observáis. La amáis, pues, simpática y casi instantáneamente, y la amáis por su alma, por sus palabras, por las facciones del rostro; lo amáis en fin, por toda su personalidad. Os ha bastado mirarle

(1) S. Mare. X., 21.

para amarle: *Intuitus eum, dilexit eum.*

“Existiendo, dice Montaigne, lo que comunmente llamamos amigos y amistad, vemos que no son sino estrechas familiaridades y relaciones ocasionales con que nuestra alma se distrae. En la amistad de que hablo, la almas se mezclan y confunden, pero tan absolutamente, que desaparece el punto de union que las juntó. Si se me fuerza á decir por qué amo á alguno, encuentro que sólo me es dable responder; porque era *él*, y porque *él* era *yo*. Hay, apesar de mi raciocinio y de cuanto más pudiera agregar, no sé qué fuerza inexplicable y fatal medianera en esta unión. Nos buscamos antes de vernos, y esto por relaciones que tenemos recíprocamente, y que obran en nuestro afecto con más eficacia que los dictados de la razón: ello acontece, sin duda, por alta y secreta disposición del cielo. Por nuestros nombres nos unimos, y después de nuestro primer casual encuentro, nos hallamos tan apropiados, tan conformes,

tan obligados, que nada se adapta tan bien como nosotros dos”.

¡Extraño fenómeno! lo reconocemos pero sin pretender alcanzar su explicación. Demás de los elementos que acabamos de manifestar, hay otros que se escapan al análisis: éstos forman lo desconocido, lo misterioso; y jamás las investigaciones de la inteligencia, ni la ciencia del corazón conseguirán saber el linde de sus fronteras.

Pero lo que más admira en este fenómeno de la simpatía, es que, de dos personas que son el objeto de élla, acontece que una sola lo experimente. en ocasiones, sólo simpatía sentís por alguno en quien encontráis las más simpáticas disposiciones. ¡Abismo profundo misterioso es el corazón del hombre!

Dijimos que la simpatía es el primer paso para llegar á la amistad, pero no siempre. Hay simpatías que se debilitan y desaparecen con la experiencia y la observación, y sucede que degeneran en verdaderas antipatías. el corazón se indigna de haber sido en-

gañado, y se venga con una opuesta reacción á la cual no debe sobreponerse

“Nunca juzgáis por las apariencias, decía Virgilio: *Nimum credere colori.*” Muchos juicios falsos y decepciones se ahorrarían los hombres si á menudo recordaran este sabio consejo de nuestro fabulista: Sólo por apariencias.

Nunca juzgar se debe de los hombres; y este otro:

En tanto que tú vivas,
Guárdate de juzgar por la apariencia (1).



CAPITULO IV.

La amistad sensual.

¿Qué es la amistad sensual?

Aquí teneis dos que no se aman con el corazón, y cuyo espíritu y ca-

(1) “Il me faut pas juger des gens sur l'apparence.”

“Garde-toi tant que tu vivras,
De juger des gens sur la mine.”

rácter se hallan en abierta oposición; con todo, se aman en cierto sentido, y se prestan amistad. Esto acontece porque se aman solo exteriormente y de una manera sensual.

Ninguna amistad se mantiene con más dificultad, en los mesurados términos de la conciencia y la razón que esta de que hablamos: se va siempre á un exceso, convirtiéndose en amor, el cual á menudo degenera en peligrosa pasión, cuando no en vergonzosa corrupción. (1)

“Cuán fácilmente la amistad nos lleva

1 “El amor, nacido de los sentidos, que no del espíritu, depende del silencio que pasa por el rostro del ser amado. Una fación que se altera, ó una arruga que asoma, basta para debilitarlo y extinguirlo; y aun sucede á menudo que, existiendo la causa se desvanece el efecto. Vemos que amores ardientes desaparecen como el viento furioso que luego se sosiega; y el que antes era frenético, no se da cuenta de la influencia que heló su ardor. Es que la belleza sensual no tiene por sí bastante fondo y consistencia: semejante á esos lagos cristalinos de escasa profundidad que no pueden retener el ancla de las naves que se echan sobre sus aguas.” — *El Padre Lacordaire.*

Del amor á los términos! Pendiente
Suave en la cual caemos sin dolores;
Mas, cuando es necesario amor intenso
Trocar en amistad, ¡oh cuánto digno
De lástima es el alma que lo sufre!" (1)

La amistad, presa una vez de la
corrupción de los sentidos, se con-
vierte en vergüenza ante la concien-
cia del hombre. La razón no le
guía, y camina á ciegas y al acaso;
pues, como lo observa Montesquieu:
“La pasión nos deja sentir, pero nun-
ca nos permite mirar.”

“Amour, amour quand tu nous tiens,
On peut bien dire: Adieu, prudence!

La Fontaine.

“Si en la balanza de la vida no
existiese el platillo de la razón para
contrabalancear el de la sensualidad,

(1) “Qu’ aisément l’ amitié jusqu’ à l’
amour nous mène!

C’ est un penchant si doux qu’ on y tombe
sans peine;

Mais quand il faut changer l’ amour en
amitié,

à Que l’ âme qui s’ y force est digne de
pitié!”—*Racine.*

la sangre y lo bajo de nuestra naturaleza nos conduciría á resultados harto humillantes; pero la razón viene á refrescar el ardor de los sentidos y á amortiguar las ilícitas pasiones. De aquí concluyo, que lo que se llama amor no es sino un renuevo exótico, una planta parásita (1).”

No es allí ciertamente donde debemos buscar la amistad que hemos definido.

“Para los corrompidos corazones
No se hizo la amistad, (2)”

dijo el mismo Voltaire. El verdadero amor les es absolutamente desconocido; en ellos no existe mas que una pasión vergonzosa. Nos guar-

(1) “*If the balance of our lives had non one scale of reason to poise another of sensuality, the blood and basseness of our natures noould conduct us to most preposterous conclusions: But we have reason to cool our raging motions, our unbittet lust: whereof I take this, that you collore, to he a sect or seion*”. Shakespeare.—*Othelo*.

(2) *Pour les cours corrompus l' amitié n' est pas faite.*

daremos de descubrir sus aberraciones descorriendo el velo de repugnantes bajezas. Recordemos solo con el poeta, "que harto caro se pagan, con los dolores que causan, los placeres voluptuosos que no se saben despreciar:"

Sperne voluptatem; nocet empti dolore voluptas (1).

Funesto amor, exclama Virgilio, á cuantos excesos no impeles al pobre corazón de los mortales!"

Improbe amor, quid non mortalia pectora cogis!

"Desconfiad del amor, decía Plauto; más peligroso es abandonarse á él, que arrojarse al mar desde lo alto de una roca: *Qui in amore præcipitavit, pejus perit quam in saxo saliat.*"

"Para conocer de lleno la vanidad del hombre, dice Pascal, no hay más que considerar las causas y los efectos—

(1) Penitentia dolorque voluptate comparantur.—*Juvenal.*

tos del amor. La causa es un *algo* que yo no comprendo, pero sí conozco sus espantosos resultados. Este algo que no comprendo, vuelca la tierra toda: á los príncipes y los ejércitos, á los vasallos y los pueblos, en fin, á todos. Si la nariz de Cleopatra hubiera sido ménos grande, la faz de la tierra se habría cambiado”.

Las consecuencias de las malas pasiones no se tardan en aparecer. “En las fuentes del placer sensual, decía un poeta pagano, y aún en medio de sus flores, hay harta amargura que desazona y perturba á tus víctimas:

*Medio de fonte leporum
Surgit amare aliquid, quod ipsis in floribus
angat*”—Lucrecio (1).

Pero no debe sorprendernos: “A pesar del conocimiento de nuestras miserias, que nos tocan, que nos estrechan la garganta, decía Pascal,

(1) El mismo poeta expresó en otra parte idéntico pensamiento cuando dijo: “*Ita diis placitum, voluptati us mæror comes consequatur.*”—*Voluptatum usuræ morbi sunt.*—Séneca.—Recordamos haber escrito algo,

tenemos un instinto, que reprimirlo no podemos y que nos levanta"; y cuando tal instinto sólo esta en contacto con la sensualidad, la conciencia humana, - como avergonzada, padece á la continua crueles suplicios

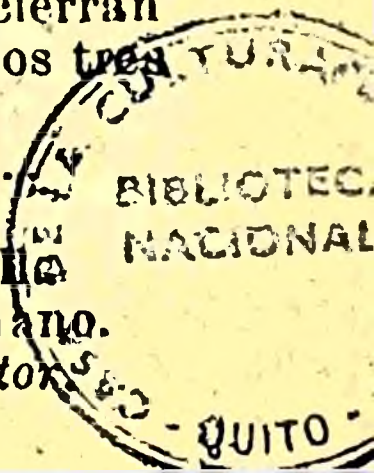
Hé aquí lo que quisimos manifestar acerca del amor de los sentidos. Mas, cuando el amor es casto y verdadero, decía un hombre tristemente célebre, "reposa en el centro de las almas puras, como una gota de rocío en el cáliz de la flor."

No debe, pues, confundirse la amistad sensual de que vamos hablando en este capítulo, con la pasión que del todo condenamos; bien será que digamos algo para distinguirlas.

semejante á estos pensamientos, allá en mejores años, cuando la musa amiga solía visitarnos. Si erramos en el concepto, juzgue el lector comparando la idea que encierran las sentencias de Lucrecio con la de los tres siguientes versos:

.....
El germen del placer es amargura:
En el fondo también del dolor halla
A las veces consuelo el pecho humano.

Nota del traductor



Desde luégo la amistad sensual se produce en el estado de simpatía que como instintiva y espontánea, se mantiene superficialmente. Por el hábito y la aproximación se adquiere cierta especie de atracción y de afinidad que llega á ser necesaria, produciéndose en lo interior no sé qué satisfacción. Propiamente hablando, no es amistad es sólo su apariencia; pues, á menudo el corazón no entra en parte ninguna en tales manifestaciones. *Baccio di bocca, spesso cuor non tocca*, dicen los italianos.

La amistad que nace de los sentidos se desenvuelve por la atracción y simpatía producidas por las formas y cualidades exteriores. Pero, digamos una vez más: ésta no es ni puede ser verdadera amistad. “Quien ama á una persona por su belleza, ¿la ama por ventura?” pregunta Pascal. Nosotros respondemos que no; pues las viruelas, que acabarán con la hermosura, sin acabar con la persona, matarán aquel amor”.

La belleza sin virtud

Es como flor sin fragancia. (1)

Isaías exclamaba: "Toda carne es como la yerba de los campos, y su gloria semejante á la flor de los valles. Sopló el espíritu del Señor, y se secó la yerba, y cayó la flor." (2)

CAPITULO V.

La amistad del alma y la del corazón.

Raro es encontrar verdaderas amistades que no estén cimentadas en las disposiciones, aptitudes y cualidades del espíritu; se hallan sin embargo en ocasiones. Cuando alzándose sobre los sentidos, las almas privilegiadas armonizan en ideas y aspiraciones, se acercan naturalmen-

(1) "La beauté sans vertu est une flor sans parfum."

(2) *Omnis caro fœnum, et omnis gloria, ejus quasi flos agri. Exsiccatur fœnum et recidit flos, quia spiritus Dominum sufflavit in eo.*—Isaii—XL, 6.

te, y, á las veces se aman. Pero es sólo el influjo de la fé religiosa, es decir en Dios, que se alcanza en la amistad la unión de las almas. “Dios es lugar de las almas, decía Malbranche, bien así como el espacio es el lugar de los cuerpos”; y cuando las almas se encuentran en Dios, que es caridad: *Deus charitus est*, ¿cómo, pues, dejarán de amarse?

Recíprocamente, asentamos con el Padre Lacordaire, “que es imposible cuando dos almas se comprenden en una conversación de la cual gustan, no aparezca en élla tarde ó temprano, la religión”.

La observación que acabamos de hacer es aplicable, señaladamente, á los verdaderos cristianos. Jesucristo dijo de sí mismo, que “es el camino, la verdad y la vida: *Ego sum via, veritas et vita*” (1). Así, cuando las inteligencias y las almas se dirigen hácia su eternidad por esta vía divina cuando se alimenta de la verdad y viven de aquella vida, deben necesariamente armonizar en un mismo

(1) Joan XIV, 6.

—31—

sentimiento

Otro punto de contacto amistoso entre las almas es la conformidad de caracteres. Se ha dicho donosamente que la desemejanza de géneos no es más que una circunstancia accesoria que concurre como á salpimentar las relaciones pero es una paradoja el tal aserto. La diferencia de caracteres aleja sinduda, la monotonía de las amistades comunes, y habría porque facilitarse si ello fuese tan sólo el resultado; mas, también es cierto que, en la intimidad, la discordancia de caracteres es un tropiezo contra el cual se estrella á cada instante la mejor y más sincera amistad; ni aun la religión es siempre bastante á allanar las dificultades consiguientes á esa divergencia. Lo cierto es, que cierta conformidad de caracteres es la condición necesaria para que subsistan las relaciones de amistad que tal nombre merezcan.

No es cosa fácil precisar en qué consiste la amistad del espíritu, desde que los vínculos que la constituyen nada tiene de material; y no es

mucho que sólo por intuición, y alzándose hasta las alturas serenas del alma, puede uno darse cuenta de ella. En esas purísimas regiones, la amistad de los espíritus no es sólo ósculo accidental y pasajero: es el abrazo recíproco y permanente de dos almas que se sienten felices al concordar en iguales principios, en idénticas ideas, en las mismas verdades y virtudes; que se alientan y fortifican blanda y amorosamente, y, puestas bajo la mirada de Dios, se aman como dos hermanas. ¿No hay, por ventura, en semejante unión algo que se asemeja á la amistad de los ángeles, espíritus purísimos y perfectos?

Bien podemos afirmar, que impropriamente se da el nombre de amistad á las relaciones de las almas que se comunican sólo por su inteligencia. No es únicamente en la voluntad del espíritu donde reposa la amistad; está, ante todo y sobre todo, en el sentimiento del corazón: allí reside su principio, allí su fuerza. (1)

(1) "Del corazón procede el amor, decía

Pero ya dijimos: se puede amar apasionadamente sólo con los sentidos sin que el corazón entre en ello para nada; otro tanto podría decirse de la amistad del espíritu. Pero, cuando se trata de la amistad del corazón, no puede contenerse en el principio que la produce; se desborda y escapa, á la manera de un liquido en estado de ebullición contenido en una vasija estrecha. Cuando amáis de corazón, no es únicamente el corazón de vuestro amigo lo que amáis; pues amáis su corazón y su alma juntamente, y le amáis sin reserva ninguna.

La amistad recíproca germina de diversas maneras en el corazón humano. Principia, á menudo, por una simpatía vaga y puramente instintiva; otras veces se despierta y resuena en el corazón, por medio del espíritu y la inteligencia, por la simpatía de las ideas y caractéres. Acontece también que, de un mero encuentro, nace la amistad de dos:

Platón, este hijo de la abundancia, bien así como de la pobreza.”

corazones. Cual dos ríos que corrían distantes uno de otro, y que luégo el tiempo, los acontecimientos la Providencia misma los unieron, y, mezclando sus aguas, se deslizan hácia el océano, no sino así los corazones se confunden en la amistad; así sus afectos, se encaminan juntos y directamente hácia la eternidad.

Todas las aproximaciones afectuosas tienen algo dulce y delicioso; pero es, señaladamente en la amistad del corazón, que esa dulzura deliciosa se experimenta de una manera inefable. De la tal amistad, decía Horacio, “que nada conocía que pudiera serle comparable:

Nil ego contulerim jucundo sanus amico.”

En efecto, ¿qué hay más dulce para dos corazones que se sienten vivir en el mismo afecto, palpitar, por decirlo así, con las mismas pulsaciones; gozar, en fin, del encanto de la soledad, sin nunca perder la intimidad de la más estrecha unión? “El alma de Jonatás, está escrito en el libro de los Reyes, se hallaba co

mo confundida con el alma de David: *Anima Jonathæ conglutinata est anima David.*"

"Yo te ruego, decía Horacio, á la nave que llevaba á su amigo; yo te ruego que me le vuelvas [sano y salvo; y hasta tanto, conserva esta mitad del alma mía:

*Reddas incolumem, precor,
Et serves animæ dimidium meæ."*

Decir de nuestro amigo, que es la mitad de nuestra alma, es ya decir mucho; con todo, encontró Aristóteles que éllo no era bastante ni mucho, y solía decir, que "la amistad es una alma en dos cuerpos." Con razón dijo también Erasmo, que "la amistad es la unión de dos almas que la distancia no alcanza á separar: *Amicitia est animorum conjunctio quam non dirimit locus.*"

CAPITULO VI.

La amistad perfecta.—Sus caractères.

Nada hay absolutamente perfecto en este mundo, y cuando intitula-
mos el presente capítulo; *la amistad perfecta*, nos referimos á la perfec-
ción relativa. En punto á amistad,
como en cualquiera otra condición
del alma humana, la perfección sin
reserva sólo se encuentra en el Cie-
lo.

Así, en las condiciones de la vi-
da, se nos alcanza que la amistad
perfecta consistirá en las relaciones
de dos que se amen con el corazón,
que armonicen en carácter y espí-
ritu por mútuos sacrificios, y, en fin,
que ese afecto sea sin restricción nin-
guna en el ejercicio de una virtud
sin tacha.

En este grado de perfección se pre-
senta la amistad con caractères que
lo son tan esenciales y ostensibles,
que nadie puede contradecirlos ni
dejar de reconocerlos. La igualdad,
en su principio; después la unidad,

y la expansión manifiesta en una confianza sin reserva; la abnegación, finalmente, que constituye un sacrificio sin límites ni excepción.

La igualdad es la primera condición de la amistad perfecta; pero no queremos decir que élla ligue sólo á personas iguales en condiciones sociales, físicas; intelectuales ó morales; pues á menudo acontece lo contrario, y Séneca afirma que, “cuando la amistad no encuentra la igualdad, élla se la alcanza: *Amicitiae pares invenit, vel facit.*” ¿Y de qué manera se efectuará semejante fenómeno? Vamos á analizarle.

“El corazón tiene sus razones aparte, si así vale decirlo, que la razón no conoce y que en muchas cosas la supera,” observa Pascal. Supongo, pues, que un hombre excelente por el nacimiento, la inteligencia, autoridad y áun virtud, siente su corazón impelido fuertemente por un sentimiento de amistad hácia un hombre flaco, menos inteligente y virtuoso, y de humilde nacimiento, ¿qué sucederá?

Desde luégo, la superioridad se

inclinará á lo inferior, y lo hará sin altivez ni pretensión, porque no cree que se rebaja, pareciéndole, al contrario, que se alza en llegando á la otra condición. De otro modo, y para que sea más exacto, el que es superior no verá la distancia que le separaba de la inferioridad de su amigo; éste, de su lado se encontrará naturalmente elevado sin haberlo pretendido; pues la amistad habrá salvado la distancia y establecido el equilibrio. No halló la igualdad, y como quiera que tal condición le fuese esencial, la buscó y alcanzó. Cicerón decía, que “es de la mayor importancia en la amistad que el superior se iguale al inferior; y agregaba: necesario es que aquél se incline, y que, mediante tal condescendencia, se alce el inferior hasta la altura del primero.”

Esto no es pura teoría: la experiencia de todos los días nos lo confirma en la práctica. Un gran santo (San Francisco de Asís), solía decir á este respecto, que “el que ama se transforma en el ser amado.”

Profundizado el corazón humano

en el sentimiento de la amistad, y apesar de lo dicho, se observará que nunca un hombre superior llega á ser amigo de otro que lo es inferior, salvo el caso de hallar en éste alguna virtud subida y oculta que el primero no posee. Tal resultado fuérganos á creer que, hablando generalmente, la amistad nace de la estima y muere por el desprecio, por lo que dijo un grande ingenio (Laplace), que “deben dejar de amar los que ya no estiman el objeto amado.”

Después de la igualdad, condición necesaria es la unidad para que sea perfecta la amistad; pero, en las amistades vulgares, tal circunstancia no es indispensable. Podemos, no sólo ser amados con sinceridad de muchos, sino abrigar también por muchos ardentísima y verdadera amistad. Hablando cristianamente, sobre todo, podemos abrazar millares de almas en los sentimientos de sincera y alta caridad. Mas, aparte de la cristiana caridad y común amistad, no temeremos confesar con Malesherbes, que “quien cuenta diez

amigos ni uno quizá lo tiene.” En punto á amigos, decía también el sabio Bias, “ni muchos ni ningunos: *Amandi nec multi, nec nulli.*”

Pudiéramos ir más lejos todavía, y afirmar, con las palabras de San Ignacio acerca del amor, que “la amistad perfecta sólo á uno puede dedicarse: *Perfectus amor nisi ad unum.*” Aunque el corazón del hombre sea harto generoso y capaz de derramarse sobre muchos, habrá siempre, en la efusión de una ardiente amistad, alguna parte que no podrá dar á dos, so pena de vulgarizarla traicionando á la verdad. Un filósofo pagano así lo hubo comprendido cuando dijo: “El que ama de veras no puede amar con perfecta amistad á una persona: *Qui vere amat, præter unum amare non potest.*” (1)

“No se ama á tres, decía el Padre Lacordaire, entre dos tan sólo impera el amor. Imposible es imaginar un afecto de la misma naturaleza y de igual intensidad entre

(1). Cicerón.

fres almas. A causa de esto es, sin duda, que en nosotros existe capacidad tan estrecha para amar. Nuestro amor es esclusivo; cuando nos damos, á uno tan solamente nos damos: necesario fué todo el poder de Jesucristo para comunicar ensanche y expansión á nuestros afectos, sin destruir su energía”

Hemos dicho, en tercer lugar, que la amistad perfecta debe ser expansiva y manifiesta; pues, como lo observaba Santa Juana de Valois, “el fuego y el amor no pueden permanecer ocultos”. El carácter de esta expansión afectuosa es la recíproca confianza á la vez que el medio por el cual se manifiesta: confianza íntima del alma, en primer lugar, y, luégo, confianza exterior que sea ostensible.

“Refleccionad con madurez acerca de la elección de un amigo, dice Séneca; pero una vez elegido, abridlo todos los senos de vuestra alma: que para con él no haya otra reserva que la que con vos mismo tengáis”. Bien se comprende que no cabe transacción en este punto; la materia es

delicadísima: es todo ó nada.

“Cuando Lelio, el mejor amigo de Cayo, fué preguntado por éste, cuánto haría por él, respondiolo: todo lo que se mandase. Cómo, ¿todo? repuso; ¿y si se te ordenase prender fuego á nuestros templos? Nunca se me exigirá tal cosa, replicó Lelio. Pero, ¿y si tal sucediera? repuso Cayo. Obedecería, respondió el ótro. Confiando enteramente uno en otro, estaban seguros de su mútua inclinación. La respuesta de Lelio fué la que debia ser”.—*Montaigne*

“La confianza que no es completa es peligrosa decía La Bruyére; y pocas coyunturas hay en las que no sea necesario decir ó callar todo. Ya se ha dicho demasiado de un secreto á aquel á quien se cree deber el ocultar alguna circunstancia”.

En fin, ¿será verdad que en la práctica de la más sincera amistad, llegan las almas á ser tan confiadas que se revelen siempre y enteramente? Así creemos deberá suceder en la perfecta unión de dos almas; pero, si menester fuese escoger entre ser conocido sin excepción ó ignorado de

igual manera; ¡cuántos amigos no hubiera que prefiriesen ser ignorados de todo en todo! ¿No aconseja el Eclesiastés gran prudencia en la elección de las amistades, cuando dice: “Escoged un amigo, probadle y no le deis fácilmente vuestra confianza?” Atento lo dicho, y una vez hecha la elección no hay por qué desconfiar, debiendo antes no guardar reserva ninguna (1).

La expansión de la amistad perfecta no se manifiesta únicamente por la íntima confianza del alma: se revela también por medio de exteriores testimonios; pero éstos, cuando aislados, no prueban amistad, y son á menudo, como ya lo dijimos, máscara ó simulacro, consecuencia natural, en cierto modo, de la expansión.

(1) Aquí es quizá la ocasión de recordar lo que decía el P. Lacordaire á este respecto.—“Se vitupera á nuestros santos y se los juzga cual insensatos: oh! sí, habían perdido el sentido! ¿Se puede, por ventura, amar sin estar como loco? Amar es inmolarse; es estimar la vida de la persona amada mil veces más que la propia; es preferir los tormentos y la misma muerte, antes que lastimar el corazón de la persona amada.”

Es porque la amistad no puede contenerse en los límites interiores del alma y se desborda por medios de actos exteriores; y si se encontrase como forzada á nunca expresar exteriormente la amistad de la cual vive, el cuerpo sería para élla una como prisión odiosa. “No será amor verdadero, decía San Agustín, el que rehusase obrar: *Amor qui renuit operari, amor non est*”.

Es la generosidad y abnegación; es la gracia y el sacrificio de sí propio lo que caracteriza la amistad perfecta. “No amemos sólo de palabra ni de lengua, decía el apóstol San Juan, sino de obra y de verdad (1)”.

El autor de la Imitación se exaltaba describiendo los transportes del corazón poseído de un vivo afecto. “El que ama, dice, corre, vuela, está gozoso, es libre y nada le embaraza (2)”. El amor verdadero no conoce medida (3); es como el agua

(1) *Non diligamus verbo neque lingua, sed opere et veritate.*—Joan III, 18.

(2) *Odi verus amor nec patitur moras.*—Só. ueca.

(3) *Verus amor nullum novit habere mo-*

hirviendo que se derrama por todas partes. Nada le es molesto, nada le cansa; se atreve á más de lo que puede, y nunca se queja de que se lo exija lo imposible, porque se cree capaz de todo y juzga que todo le es posible (1) “Amad, dice San Agustín, y haréis luégo cuanto queráis: *Amate et fac quod vis*”. Acaso el amor no vence todo obstáculo? *Omnia vincit amor* (2).

Hum.—Proposición.

(1) En un hermoso escrito del marqués de Valdegámas gloria culminante de la literatura española en este siglo, encuentra este mismo pensamiento expresado con gracia y sencillez.—“El amor, dice, explica lo inexplicable, y el hombre cree por el amor lo que parece increíble, y obra lo que parecía imposible de obrarse, porque con el amor todo es hacedero y todo es llano.”—*Nota del traductor.*

(2) *Quis enim modus adsit amoris?*—Virgilio.

Para dar conveniente remate á este hermoso tratado del amor perfecto, seáme permitido copiar aquí algunos trozos del ya citado escrito de Donoso Cortés, al hablar del verdadero amor espiritual.—“El amor es de por sí cosa tan principal, que cuando existe todo lo domina y señorea. El amor no es contenido, es continente; se declara,



Después de estos transportes generosos, parecerán fríos, desabridos, y sobre todo egoístas las ideas de Mon-

no se esconde: tal es su condición, que no puede estar en ninguna parte sin que parezca que está solo y que todo lo avasalla. El que ama, si ama bien, ha de parecer que enloquece, y para ser infinito el amor ha de parecer una infinita locura.—Hay una voz que está en mi corazón y que es mi mismo corazón, que está en mí y que es yo mismo, y que me dice: Si quieres conocer al verdadero Dios, mira al que te ama hasta enloquecer por tí, y al que te ayuda á que le ames hasta enloquecer por él, y ese es el Dios verdadero; porque en Dios está la bienaventuranza, y la bienaventuranza no es otra cosa sino amar y padecer desmayos de amor y estar desmayado así perpetuamente. Nadie me llame así si no me ama, porque no responderé á su llamamiento. Mas, si la voz que escucho es voz de amor, léme aquí, diré al punto, y seguiré á mi amado sin preguntarle ni adónde va, ni á qué parte me lleva, porque á donde quiera que me lleve y adónde quiera que vaya, hemos de estar él y yo y nuestro amor; y nuestro amor, él y yo somos el cielo. Yo quisiera amar así, y sé que no puedo amar así, y que no tengo á quién amar de esta manera, y aun por eso me deshalgo y me atormento en un cerco sin salida. ¿Quién me sacará de este cerco que me ahoga, y me dará alas como de paloma para discurrir

taigne, en orden á los amigos, cuando dice: “Yo opino que es necesario prestarse á ótro, pero no darse sino á sí propio. Los que saben cuánto se deben y con cuántos deberes se hallan obligados á sí propios, encou-

por otras regiones y para subir á otras alturas?—Los hombres han caído en la celada del amor, que les tendió el Hijo del Dios vivo, blanda y amorosamente. El hombre es de tal condición, que se revela contra la omnipotencia, se alza contra la justicia y resiste á la misericordia; pero cae en dulcísimo desmayo, y como penetrado de amor hasta en la medula de sus huesos, si por ventura oye la voz adolorida y lastimera de aquel que muere por él, y que muriendo le ama ¿Por qué me persigues? Esta es aquella voz temerosa á un tiempo mismo y amante, que suena á la continua en los oídos de los pecadores; y ese acento de queja dulcísima, amorosa y suave, es el que va derecho al alma y la transforma, y la muda, y la convierte toda á Dios, y la obliga á buscarle por los poblados y desiertos por los montes bravos y por las tierras llanas, por los campos agostados y por los vergeles. Aquella voz es la que enciende al alma en el casto amor del esposo, y la que la lleva como enloquecida y desalada en seguimiento de sus embriagantes perfumes, como la sed lleva al ciervo á los hermosos manantiales de aguas vivas.—*Nota del traductor.*

trarán que naturaleza no en vano les ha dado esta consigna. Mucho tienes que hacer en tu casa; y no está bien que te alojes de ella. Los hombres son dados á la alabanza, sus facultades no son suyas: estan siempre al servicio de aquél que los avasalla. Estas son á manera de los inquilinos que con ellos viven, pero que no son de ellos." Sabios son, sin duda, tales consejos, según los principios de la severa filosofía; pero, para un cristiano corazón que se vivifica en la ardiente hoguera de la amistad, no hay en ello sino una moral sin grandeza y sin virtud.

Más inspirado estuvo Montaigne cuando escribió esta admirable página: "En las amistades comunes, preciso es llevar la brida en la mano, con prudencia y precaución: no está la unión amistosa ligada de tal manera que ninguno tenga algo de qué desconfiar. Ama á tu amigo; decía Chil'ón, como si algún día tuvieses que aborrecerle; aborrecele como si algún día tuvieses que amarle. Tal precepto, abominable en las regiones de esta soberana y alta sc-

ñora amistad, es muy saludable en el comercio de las amistades vulgares y de costumbre, al lado de las cuales conviene emplear la palabra que Aristóteles decía á un sujeto de su confianza: ¡oh amigo mío! sé decirte que no hay un solo amigo! Pero la intimidad de verdaderos amigos hace que se pierda el sentimiento de tales deberes, y que se abomine y aleje de entre ellos esas palabras de división y diferencia; beneficio, obligación y reconocimiento; súplica, gracias y otras semejantes; siendo más bien consecuencia regular, que la voluntad, los pensamientos, bienes, honor y vida sean mutuos; de donde resulta que su conveniencia es la de una alma en dos cuerpos, según la atinada definición de Aristóteles; y de aquí el que nada se pueda dar ni prestar. Si en este linaje de amistad uno da á otro, el que recibe el beneficio será el que obliga al amigo. Pues no deseando, cada cual por su parte, otra cosa que favorecerse, visto se está que el que proporciona la ocasión, es el dador, que, efectuando de su parte

— 50 —
aquello que el otro deseaba, da contento á su amigo. Cuando el filósofo Diógenes necesitaba dinero, decía, que pedía á sus amigos le volvieresen el que les hubo prestado, que no se lo dieran.”

“La amistad perfecta es indivisible: cada cual se da todo á su amigo, y nada le resta que dar en adelante; se siente, por el contrario, triste de no ser dos, tres ó cuatro, y de no tener muchas almas y voluntades para ocuparlas todas en pró del amigo.”

“La amistad única y verdadera prescinde de otras obligaciones. El secreto que he jurado no comunicar á otro, puedo, sin perjuicio, confiar, al que no es otro sino yo mismo.”

Que no se hable, pues, de los sacrificios que la amistad exige al egoísmo: en la perfecta amistad no se conocen sacrificios. De otro lado, como dice el Espíritu de Dios, “¿no es, por ventura, el amor tan perfecto como la muerte? *Fortis ut mors dilectio.*” (1) “El que ama de veras,

(1) Cantic. VIII, 6.

nada teme, decía también 'un filósofo cristiano; (1) todo lo desafia, y nada le es difícil." San Agustín no se sorprendía de esto, y asienta, que: "el que ama no siente en ello trabajo ninguno: *Qui amat, non laborat.*"

Atentas estas observaciones que preceden, podemos concluir, que cuanto más animoso es un hombre es tanto más capaz de ser amigo verdadero: la pereza no debe saber amar.

Así, cuando el hombre se entrega del todo á la amistad perfecta, no le será difícil dar cuanto le pertenece. "Entre amigos, decía Marcial, debe todo ser común: *Amicorum omnia debent esse communia.*"

En la amistad no se da, se divide, ó si se da, se recibe dando.

A los amigos que al dar sienten el esfuerzo que cuesta un sacrificio, recordaremosles, con el poeta que acabamos de citar, que "se roba á los caprichos de la fortuna lo que se da á los amigos; porque eso que

(1) C'est glorie de se perdre, en sauvant ce qu'on aime."—*Corneille.*

dais es lo único de que podéis estar seguros de nunca perder: *Extra fortunam est quidquid donatur amicis: Quas dederis solas semper habebis opes.*” ¿Qué capital podrá colocarse con mejores seguridades?

Tales dádivas tienen su explicación en la naturaleza misma de la amistad. “Amar, decía Cicerón, es querer para el objeto amado el bien posible, aunque de éllo no se saque provecho ninguno.” Leibnitz agregaba admirablemente: “Amar, es fundar la propia felicidad en la felicidad de otro.” El verdadero amor siente disgusto en el goce de cualquiera satisfacción, cuando de élla no puede participar la persona amada. (1) “Cuán feliz seré exclamaba Horacio, escribiendo á un amigo suyo; sí, cuán feliz seré! pero no: tú no estás aquí para gozar conmigo!” (2)

(1) *Tantisper fas esse ullâ me voluptate licui.*

Decrevi, tantisper dùm ille abest meus particeps.—Terencio.

(2) *Excepto quòd non simul esses, cætera lætus.*

Al terminar este capítulo, queremos recordar á nuestros lectores un hermoso escrito de Carlos Sainte-Foy, que casi enteramente lo resume; hélo aquí;—“La amistad tiene su raíz en la estima y su flor en el sacrificio. Principia frecuentemente por un acto del espíritu; y en su primer grado es sólo un juicio acerca de la armonía y conveniencia de los caracteres. Luégo penetra en nuestro corazón, y nos lleva dulcemente al corazón del amigo; desde este instante se convierte en sentimiento instintivo. Penetra después en la voluntad, y sujeta á la del amigo con tan fuertes lazos, que se dejarían ambos quebrantar, antes de querer cosa alguna contraria á uno ú otro; la amistad en este grado es una pasión y algo como una necesidad del alma. Sube, finalmente, á la inteligencia, y produce en los dos seres que asocia tal unidad, ó más bien identidad de pensamientos y de afectos, que se comprenden sin comunicarse, (1) se encuentran

(1) No se ama de veras sino cuando no se

sin buscarse. Lo que uno cree, lo cree el otro; lo que éste ama, ama también aquél. Los dos se reflejan uno en otro: son dos almas gemelas formadas en el mismo molde; dos flores que se entreabren sobre el mismo tallo al casto beso del aura; dos rayos desprendidos del mismo foco de luz. En tal estado, la amistad es un éxtasis; y como quiera que se halla tan cerca del cielo, ah! cuán pocos son los que llegan á alcanzarla! Así es como se ama en el cielo, porque allí el corazón está abismado y como perdido en la infinita unidad.”

CAPITULO VII.

Ventajas y dulzuras de la amistad.

Cuando el corazón del hombre vive entregado á triste soledad y á un egoismo infecundo, tan sólo la amis-

tiene necesidad de decirlo.

tañ de allí le aparta, interesándole en la felicidad de otra existencia que debe completar la suya como para dar término á sus aspiraciones naturales; hé aquí, pues, su primera y principal ventaja.

“Tres cosas se buscan en la amistad, decía Plutarco, son á saber: la virtud, que constituye la belleza; el hábito, que forma la dulzura, y el goce que de élla se obtiene, que engendra la utilidad.”

La virtud, por admirable que sea en teórica, no es siempre fácil en la práctica; á menudo exige penosos esfuerzos, sacrificios dolorosos. Así, siendo verdad como lo observa Silvio Itálico, que “es á sí mismo su más hermosa recompensa: *Virtus sibi met pulcherima merces;*” no es menos incontestable que, en ocasiones, desfallece en la incesante lucha que le es forzoso sostener. La virtud constituye la belleza de la amistad; pero demanda cierta fuerza que la vuelve fácil, y que sólo se encuentra en la misma amistad. Sí, de la dulzura que nace del hábito de la

amistad, surgen tal valor, y fuerza y energía que nunca se agotan. “El amigo fiel es una defensa fuerte, dice el Eclesiástico, y quien le halló, halló un tesoro.” (1)

Error es creer que la amistad es menos necesaria al hombre feliz, que bien pudiera pasarse sin ella. “Nuestra felicidad perdería sus encantos, observa Cicerón, si no hubiese alguien que se regocijase con nosotros.” En la amistad, sobre todo, gusta el alma generosa de las dulzuras de esta participación; y goza aún más en el placer que procura, que no en el sujeto propio. Más dulce es dar que recibir, se halla escrito en los hechos de los apóstoles: *Beatius est magis dare quam accipere.*”

Pero es señaladamente en las pruebas y dificultades de la vida donde se experimentan las ventajas y dulzuras de la amistad. “El amigo fiel,

(1) Amicus fidelis protectio fortis, qui autem invenit illum invenit thesaurum,—Ecles. VI, 14.

Beatus qui invenit amicum verum.—Ecles. XXV, 12.

dice el Eclesiástico, es como la medicina de la vida: *Amicus fidelis medicamentum vita* (1)".

¡Harto abrumador es, en efecto, el tener que llevar solo el grave peso de la vida en los días de dura adversidad! Mas, cuando á nuestro lado se tiene un corazón amigo que participa de nuestras penas; cuando uno puede apoyarse y descansar en el brazo de este amigo, y cuando se está seguro de que jamás se fatigará, se siente dulcísimo y celestial consuelo, la sonrisa de la amistad es entonces como rayo de sol que brilla por la rotura de un cielo encapotado y tempestuoso.

¡Cuán dulce es un amigo verdadero!
El, solícito inquiera en lo escondido
De vuestro corazón lo que os aflige,
De decirlo evitándoos la vergüenza;
Un tomor vano, un nada,
Que se refiere al que ama, le entornece (2).

(1) Bonis amici consiliis anima dulceratur.—*Proverb. XXVII.*

(2) Qu' un ami veritable est une douce chose!

Il cherche vos besoins au fond de votre cœur.

Finalmente, en las condiciones ordinarias de la vida; dice San Francisco de Sales, “la amistad es como la sazón de toda la buena sociedad”. Las relaciones sociales son útiles y provechosas, más también dulces y agradables; y de aquí el verdadero encanto de la vida. Razón tuvo Epicuro cuando dijo: “De todos los bienes que la sabiduría procura al hombre para hacerle feliz, ninguno más agradable que la amistad”.

¿Hay por dicha felicidad más cumplida, pregunta Oicerón, que la de tener un amigo virtuoso con quien poder conversar como consigo mismo? La amistad encierra muchedumbre de ventajas; y en cualquiera situación en que os encontréis, estará á vuestro servicio y jamás os importuna. Ella aumenta el brillo de la prosperidad, y las pruebas de la desgracia se soportan con menos dificultad por la mútua participación

Il vuos épargne la pudeur
De les lui decouvrir vous-même;
Un songe, un rien, tout lui fait peur
Quand il s'agit de ce qu' il aime.
La tonaine.

de los corazones que se aman. Ella hace que se vea en el amigo un otro yo; tiene delante á los ausentes, abastece á los necesitados y da fuerza á los débiles; élla, en fin, hasta resucita á los muertos”.

Basta la presencia de un amigo para que el corazón enfermo se levante; y al sentirle y al verle, el alma se halla satisfecha. “Estar con los séres que amamos, dice la Bruyere, eso nos basta”. ¡Ah! y cuán verdadera es está expresión! en la vida, bien así como después de élla, ahí reposa la felicidad (1).

“El que ama, decía Terencio, desde que posee el objeto de su cariño, tiene cuanto quiere, y nada más exige (2)”.

¡Cuán profunda no debe ser la amistad perfecta! Se halla de tal manera atormentado el corazón del hombre con la necesidad de gozar,

(1) *O fortunatissime, eni quod, amas, domi est!*—Terencio.

(2) *Qui verat amat, si quod amat habet, in satis habet.*

—*Pro cibo videre adque alloqui amantium est.*—Propercio.

que pide felicidad á cuanto le rodea. Sí, decía Pascal, su voluntad ama tan naturalmente, que á falta de objetos reales, tiene por fuerza que inclinarse á los falsos. Y he aquí como se satisface su avidez en la posesión de un solo y verdadero amigo. Después de lo dicho bien podemos agregar con el Eclesiástico, “que nada hay comparable al amigo fiel; el oro y la plata nada son si con él se los compara”. (3)

“De tanto provecho y valía es un verdadero amigo, afirmaba Pascal, que debe hacerse lo posible para conseguirlo”. Colocad vuestros caudales, á manera de imposiciones vitelicias, en los seres que amáis, siguiendo la delicada expresión de madama Swtchine; y que sus esperanzas y bienestar constituyan la renta con la cual viváis. Sí, pero debéis ser cautos en la elección; “porque, si os esforzáis para conseguir necios, éllo de nada os servirá”,

(1) *Amico fideli nulla est comparatio, et non est digna ponderatio auri et argenti.*—Eclesiás. VI, 15.

como lo afirma el gran moralista de Port-Royal.

CAPITULO VIII.

Tormentos de la amistad.

La amistad es preciosa y aromada planta que crece en el campo yermo de la vida, y las ventajas y dulzuras que encierra, son como las flores y los frutos. Pero hay también espinas, y necesario es tener, como un San Francisco de Asís, la pasión heróica de la Cruz para decir con él, que “los gemidos y el dolor son los frutos y las flores del amor: *Luctus et dolor sunt flores et fructus amoris*”.

La ausencia es lo que causa amenudo el tormento de la amistad. “Muertos son los ausentes, dice un proverbio inglés: *The absents are th*

dead". (1) Sí, pero antes de llegar á esta muerte de ausencia en la amistad, si fué sincera y fervorosa, ¡ah! cuánto es menester haber sufrido!

Montaigne decía: "Nadie puede vanagloriarse, áun al emprender un viage deseado, de no haber sentido que el valor le abandonaba al separarse de su familia y sus amigos; si alcanzó á contener las lágrimas, no pudo disimular la vaga tristeza que le afligía al poner el pié en el estribo".

¡El sér que amamos se vá; partió! ¿dónde se encuentra ahora? ¿qué hace? será feliz ó desgraciado? ¡Ah! no lo sabemos, y tal ignorancia llega á ser en ciertas horas, el tormento más cruel del corazón. Ignorancia que es para las almas ardientes y sensibles la pira de los tormentos, pues, permitiéndose suponerlo todo, se permiten temer cuan-

(1) *Lontano dagli'occhi, lontano dall' cuore*, dicen los italianos.—En general muy raro es encontrarse y reconocerse después de una larga separación; es á las veces, la misma posada, pero, casi siempre, ha cambiado el inquilino.

to imaginan. “Cierto es que la ausencia disminuye las pasiones vulgares, ha dicho La Rochefoucauld, pero lo es más todavía que aumenta las grandes; bien así como el viento apaga las bujías y aviva el fuego de la hoguera”.

Para juzgar de las penalidades de una ardiente amistad, no hay más que recordar las dulzuras que en su intimidad se hayan gustado; pues con sobrada razón ha dicho el Dante:

“Que no hay mayor tormento
Que recordar, ya en la miseria triste,
De la existencia los felices tiempos”. (1)

Pero cuando hay motivo para sospechar alguna desgracia en los amados ausentes, la inquietud se convierte en cruel tormento. Pagarían de grado con sus propios sufrimientos la certidumbre de no tener por qué temer. Pero una larga distancia les separa del amigo que se ha-

(1) *Nessun maggiore dolore
Che ricordasi dell tempo felice
la miseria.*—Dante.

lla espuesto á graves peligros. Hay más, acaso tienen noticia de que padece, que se halla gravemente enfermo; y entre tanto, ¿dónde y cómo se encuentra? Para saberlo, la imaginación y la sensibilidad, el alma toda y el corazón se abalanzan, por decirlo así, al través de los espacios inquiriendo en lo desconocido. ¡y el silencio, mudo y adusto, responde sólo á sus congojosas inquietudes! ¿Habrá tormento comparable á éste?

Si las inquietudes son ya para el corazón un tormento sobrado cruel, en la amistad, llegan á ser más activos sus dolores, cuando el temor se convierte en realidad, y se sabe ó se vé al amigo desgraciado. Después veremos que hay pocas amistades que resisten á la prueba de la adversidad; mas, por dicha, no escasean del todo, y cuando estos fieles y generosos corazones se encuentran condenados á ver sufrir á los que aman sin poder aliviarles, ¡ah! qué dolor tan espantoso es el suyo! Su amistad, es sin duda, dulce consuelo para los infortunados que padecen; pe-

ro ésto refluye solamente en bién de los que la reciben; el que da el lenitivo del consuelo no siente el efecto de sus duizuras; y los infortunios de que es testigo se reproducen en lo más íntimo de su corazón con profundo dolor.

Los celos son otro de los tormentos del corazón en la amistad.

“He oido hablar á menudo, escribía Mr. de la Ferronnays, de la desconfianza y los celos que acompañan al amor. Juzgo que un amor semejante debe ser sólo un sentimiento bajo y vulgar; pues tengo para mí, que en el amor hay una religión, y que la fé es un verdadero fundamento”.

Sí, pero responderemos con Sheakspeare, que “las almas celosas no se satisfacen con tal respuesta. Los celos en ocasiones, son inmotivados: son celosos, porque son celosos. Los celos son á manera de un monstruo que se engendra y alimenta de sí propio”. (1)

(1) *But jealous souls will not be answer'd so;
They are not ever jealous for the cause,*

Puede haber, y hay en efecto, diversas causas de los celos, de esta terrible enfermedad del alma: las más frecuentes son un secreto egoismo y el amor propio que no quiere reconocerse. Aparte de esto no ¿proven- drán también de la imperfección natural del pobre corazón del hombre?

Cuanto se quiere realzar, si bien se mira á la postre, se vé que es cosa harto flaca, y cuán poco experimentados y conocedores somos en punto del humano corazón. En ocasiones sorprendemos en él flaquezas que nos humillan; y cuando se consulta la propia experiencia, ¡ah! sólo encontramos motivos para desconfiar de nosotros mismos! Así, si se juzga de las flaquezas de los demás por nuestra propia imperfección no siempre se errará en éllo. Sin que queramos ser severos con las personas que aman, bueno será que les precautelemos de ser sorprendidos per alguna traición ó infidencia. El temor que de éllo se pro-

*But jealous, for they are jealous: tis a monster
Begot opon itself, born on itself.—Othello.*

duce engendra los celos á menudo.

Lo que aumenta la actividad, y algunas veces la injusticia de esta disposición, señaladamente en las personas que más se aman, es cierto derecho moral y mútuo, que constituyen los lazos recíprocos que los ligan y las promesas que se han cambiado. Y cuando los celos alcanzan á sospechar que una rivalidad podía menoscabar este derecho, el corazón se subleba; se indigna dolorosamente con tal pensamiento. "El amor, ha dicho un gra pensador, quiere ser rey, ó no ser nada".

Las sospechas de los celos son temerarias, absurdas y áun injustas, en casos dados; bástales encontrar alguna justificación en la experiencia general del corazón humano, para que ocurran á conturbar la amistad más firme.

Vituperad cuanto queráis á los corazones celosos; pero, compadecedles también: son más desgraciados que culpables. En el análisis de esta pasión, se encuentran elementos que son la honra del corazón que de es-

ta enfermedad adolece.

Una alma celosa es frecuentemente una alma sensible y fiel á la amistad, pero que desconfía de encontrar en los que ama la misma fidelidad. Su falta está en la precipitud de los juicios, y áun más en las consecuencias que de ellos saca: de aquí que la injusticia le lleve hasta el delirio: *Dura sicut infernus emulatio.* (1)

Siempre será un error creer que los celos son accesibles á las almas egoistas y apocadas: una alma grande y un generoso corazón sienten también sus tiros. El remedio en este caso, sólo se encuentra junto á la herida: hay en la nobleza de los sentimientos y en la alteza de las ideas, contrapesos que impiden á los celos llevarnos á culpables exageraciones y á injustos resultados.

Añadamos, además, con madama de Staël, “que sólo las almas sensibles saben manejarse recíprocamente: el amor propio, tan susceptible como es, casi nunca adivina la susceptibilidad de los demás”.

(1) Cántico VIII, 6.

Resumiendo los sufrimientos que concurren á amargar las dulzuras de la amistad, aún en las almas fidelísimas y generosas, uno se acuerda involuntariamente de este brutal apóstrofe de Montaigne: “¿No es más, por ventura, el hombre sino un despreciable animal? Si apenas, por su natural condición, tiene, poder para gustar un sólo placer completo y puro”.

“¡Ah! cuán ruín y valadí es este mundo! Sufrimientos, si se le ama; sufrimientos, si no se le ama, exclamaba Mr. de Maistre, con su picante originalidad. Algunas gotas de miel, como decía Chateaubriand, en una copa de agenjo. . . . Bebe, bebe hijo mío, es para tu bien.—Yo, quedando muy reconocido, gusto más del azúcar”.

El autor de la *Imitación* encierra en una profundísima idea cuanto hemos querido demostrar en este capítulo: “No vive ninguno en amor, dice, sin dolor: *Sine dolore non vivitur in amore.*”



CAPITULO IX.

Desalientos de la amistad.

Demás de los tormentos de la amistad, que hemos apuntado, hay en élla hondas tristezas y difíciles pruebas que harto nos [desalientan. Recorramos esta nueva página de las miserias del corazón.

Lo que causa en una alma el desaliento en la amistad es el no verse correspondida por ótra á quien de véras ama, llegando á conocer la ineficacia de los constantes esfuerzos del corazón para alcanzar un afecto que responda al suyo. Y no sólo hay profunda tristeza en tal desfallecimiento; hay también celos y humillación; hay, á las veces, tal despecho que llega hasta el aborrecimiento, y lleva en sí el deseo de venganza.

¿Qué hacer en tal situación? ¿cómo debe uno conducirse en élla? El primer consejo que podemos dar es no hacer, por el pronto, absolutamente nada sofocando las inclinacio-

nes del corazón. “Quando un hombre ha hecho lo bastante para tener derecho al reconocimiento, y si tal reconocimiento se rehusase, dice La Bruyere, queda áun un recurso, no hacer nada en adelante”.

Pero hay todavía otro medio, prescindiendo del que suministra la fé religiosa: hacer un llamamiento á los más notables sentimientos del alma y estimularse con ellos y alzarse dignamente sobre las mezquindades que causa nuestro tormento.

“Y aconteció que sólo una vez amasteis de véras, decía el Padre Lacordaire; y no dudo que áun hoy vuestra alma se halla bajo el imperio de esta generosa y terrible pasión. Ella escogió, y se dió y se consagró enteramente; más, ¡ay! se rechaza bruscamente el dón que de vos mismo habéis hecho! ¿Qué recurso os quedará? No puede ser otro que el de cansaros estérilmente; esperar contra la esperanza; creer en la eficacia de un sentimiento tan verdadero y vigoroso como el vuestro. Si necesario fuese, doblad la rodi-

Ha, humillad vuestro orgullo; que nada os cueste á trueque de persuadir á la ingratitud y reducir á la incensibilidad. En fin, si aún así no lo alcanzáis, ¿que debéis hacer? Os daré un consejo, si ser puede, con un gran moralista, La Bruyere, quien dijo, que “el último recurso era no hacer nada enteramente”. Se ha repudiado vuestra perseverante solicitud, probad mejor resultado en el olvido; y si es verdad que no comprendo un olvido sincero definitivo, existe á lo menos el olvido *experimental* en el que la ternura tiene en la cuenta el regreso. Después de esto, quedará ineficaz todo el esfuerzo de vuestra alma; y ved lo que un día os pasará. Os diréis: vamos, sé hombre, no abuses por más tiempo de la facultad de amar que se te ha dado de arriba; se razonable, toma tu alma, y vete.

Hay todavía otra prueba acérrima que deja profundo desfallecimiento en el espíritu: nos referimos á las decepciones provenientes de la inconstancia del pobre corazón del

ta su amistad. Se van, regresan, se vuelven otra vez; mas, dejadles ir, dejadles volver; son como la pluma, triste juguete de los vientos. Mirad en ellos solamente la imagen de Dios."

Para llegar á semejante estado, necesario es ser cristiano perfecto. Así ¿no es doloroso el ver á tantos que, alejados de la influencia cristiana, se desalientan en presencia de tales sucesos, cuando no tienen la filosofía necesaria para alzarse sobre esas flaquezas?

Conviene, pues, reconocer, como lo observaba Bourdaloue, que "nada hay más frágil que las humanas amistades. Para formarlas verdaderas se han menester largos años, y para romperlas basta un momento. Si á lo menos fácil fuera anudarlas otra vez; pero lo que fué destruído en un instante, siglos enteros no lo restablecerán."

Triste, muy triste es pensar con

Pascal, que “pocas amistades subsistirían, si cada cual supiese lo que dice el amigo en ausencia, aunque hable con sinceridad y sin pasión.” Sí, añade, tengo para mí, como cosa evidente, que si todos los hombres conociesen lo que dicen unos de otros, no hubiera cuatro amigos en el mundo. Los disgustos y resentimientos que ocasionan los relatos indiscretos que se hacen á menudo, confirman este acerto. (1)

¿Cómo, pues, explicarse el origen de traiciones tan viles? Lo atribuimos, desde luego, á la falta de valor. Los corazones generosos y verdaderamente fuertes son en el mundo mucho más raros de lo que se imagina. Ved sino lo que nos dice Ovidio: “Cosa vergonzosa es tener que confesar, por ser forzoso decir siempre la verdad, que la mayor parte de los hombres no aprecian la amistad sino, en cuanto á

(1) Gentes hay que traicionan, en cierto sentido, á sus amigos, sólo con la mira de demostrarles que les son fieles.”—*Madama Svoetchne.*

Dosde el momento en que su utilidad no se encuentra interesada actualmente en la defensa de sus amigos, allí los renuncian.

Dais á menudo con corazanes sinceros y afectuosos que os prometen una amistad que no acabará jamás. Atentas las expresiones y testimonios que os prodigan, ¿cómo dudar de su veracidad y rehusarles {nuestra confianza? Pero ved lo que sucede: os es preciso alejaros. El corazón de vuestro amigo se quebranta con este pensamiento; los trasportes dolorosos del adiós os hacen verter lágrimas: ¡oh! cuánto os ama! cuánto sufre con tal separación! Le es necesario. absolutamente necesario escribiros muy amenudo, para dar, á lo menos, alguna compensación á la tristeza que le causa la ausencia del amigo. Se os manifiesta cuál es en sus cartas. Pero llega un día en que va apagándose el fuego de

(1) *Turpe quidem dictu; sed modo vera fatemur,*

Vulgus amicitias utilitate probat.

esa amistad; sus cartas os llegan con menos frecuencia. Al principio las recibiais cada semana, después cada mes, y, finalmente, muy de tarde en tarde, y esto por pura cortesía, y en tono distinto que las primeras. Hé aquí la historia del mayor número de las amistades de este mundo. Así, los que tienen gran experiencia, la cual se convierte en lástima, ó á lo menos en desconfianza á las promesas más sinceras del corazón, no pueden dejar de sonreír tristemente, aun cuando aquéllas sean la fiel expresión de la verdad.

En presencia de los resultados que nos suministra la experiencia, vemos que, cuando no alienta en nosotros la caridad evangélica, hondo desfallecimiento es la natural consecuencia, aún en los ánimos mejor dispuestos. ¿Qué es la amistad para que uno así se vea engañado por los mismos á quienes ama tanto, y cuyo afecto se apaga y muere como la luz de una lámpara escasa de aceite? Para un sensible y honrado corazón, nada causa tan profundo desaliento

Forzoso es confesar, que no siempre nos hallamos exentos de las infidelidades de que con tanta razón nos quejamos. “Cuando nos sentimos cansados de amar, decía La Rochefoucauld, harto deseamos que el amigo nos sea infiel para poder desembarazarnos de nuestra fidelidad.”

No queremos hablar todavía del desfallecimiento que es como inactivo en el alma; el lector lo hallara en el siguiente capítulo. El fenómeno de que ahora tratamos, es una disposición accidental, que se produce en el corazón á causa de una nueva y dolorosa decepción; es la tentación persistente de la duda en la amistad; es, en fin, la mirada del alma que recorre con tristeza las decepciones que le han contristado, y que no encuentra paraje ninguno donde confiada y tranquila descansar. Acaso más tarde una amistad que todavía no conoce, vendrá á sonreírle en medio de su desaleinto, y á su bienhechora influencia se sentirá renacer á la esperanza; pero en tanto que aguarda, largas y fatigadas son las horas para el corazón des-

respete! Los amigos son como los vinos añejos, el tiempo es lo que les da calidad." (1)

“Después de lo dicho, bueno será que agreguemos con la Bruycre: “es evidente que no se pueda adelantar en la amistad, sino están dispuestos los amigos á disimularse mutuamente los defectos”. En cuanto á ciertos taimados amigos, que á la postre dejan entrever sus vicios, ocultos largo tiempo, conviene romper con ellos sin la menor hesitación; pero, áun en este caso, aconseja Catón que “debe procederse sin ofender ni lastimar: *Tales amicitia dissuendæ magis quam discindentæ*”.

Quando ya no se estima á un amigo, se debe borrar de la memoria las confianzas que nos ha hecho, al modo que se entregan las llaves de una casa cuando se deja de habitarla.

Las descepciones provienen de la

(1) *Vinus novum, amicus novus; veterascet, et cum suavitate bibes illud.*—Ecles. IX, 15.

fallecido; y la amistad no se le representa sino como una seducción de la cual es necesario desconfiar.

Muchas decepciones se evitarán en la amistad, si se la acoge al principio con más cautela de lo que se suele. “Deberá procederse con los amigos como la moneda, decía Plutarco; esto es, probarlos antes de aceptarlos, y no aguardar para la prueba el momento en que sea preciso servirse de ellos. “No vayais tan de priesa, añadamos con Solón; no os afanéis por alcanzar nuevas relaciones ni por dejar las que tenéis.”

Cicerón aconseja que sólo se tomen por amigos corazones firmes y perseverantes; “éstos, decía, son raros, y es cosa difícil conocerlos. á menos de tener larga experiencia; os aconsejo que pongais á prueba esta experiencia en vuestras relaciones; pues éllo es un derecho y un deber en vosotros.”

En tratándose de esta materia, observa el mismo filósofo; “hay quienes se preguntan, si al encontrar nuevos amigos se los debe preferir á

no traicionó: hé aquí lo que más nos desalienta.

Apresurémonos á declarar que hay en este desfallecimiento una disposición que lleva hasta la bajeza el alma que la fomenta. Dos cosas exige Cicerón del hombre honrado, y las considera como eseneiales en la amistad. Quiere, desde luégo, que sea franco y sin disimulo, y que evite toda desconfianza que engendre sospecha de la fidelidad de su amigo. “Como resultado de la franqueza, dice, debemos, sin temor ninguno, aconsejarla abiertamente. Gran peso tiene la autoridad de un amigo, y usaremos de élla en todo caso para decir la verdad, y no andar con ambajes sino descubiertamente”. (1)

Sólo en un accidente en la amis-

(1) “Cuanto más se ama al amigo, tanto ménos se le debe lisoujear; sin perdonar se nada realza el amor puro”.—*Molière*.

tad, el saber desagradar á los amigos cuando se trata de decir la verdad; pues á menudo les debemos consejos, y aun reproches; y los amigos, cuando se los dirige benévola-mente deben recibirlos sin desagrado (1). Y con todo, añade Cicerón, no sé cómo sea que la complacencia engendra la amistad, así como la verdad es ocasión de ódio. Cier-to es que en ello entra, en buena parte, la manera como se dice. Lo fino de la amistad conciste en saber dar y recibir consejos; deben darse sin acritud y recibirse con entera confianza; así podrá evitarse lo que en aquella se mira como un veneno: me refiero á la lisonja y á las necias complacencias. Esas bajezas no son tan sólo una vergüenza para la amistad; más todavía: son cosa indigna de un hombre libre (2).”

Por lo demás, habiendo cumplido

(1) Mejores son las heridas del que nos ama, que no los ósculos fraudulentos del que nos aborrece: *Meliora sunt vulnera diligentis, quám fraudulenta oscula odientis.* Proverb. XXII, 6.

(2) De Amicitia.

vuestro deber á este respecto, conselaos y manteneos dignos: os valdrá más perder un amigo por exceso de franqueza, que no envileceros engañándole por agradarle. Así, venga lo que se viniere, no debéis olvidar lo que dice Fenelón: “Indigno es de un hombre honrado valerse de una amistad que concluyó, para satisfacer un odio que principia.”

CAPITULO X.

El aislamiento.

Hay dos clases de aislamiento: el que proviene de las traiciones y el desvío de nuestros amigos y el que nos procuramos de grado, alejándonos de todo trato á causa del desfallecimiento que origina las decepciones.

El primero nace señaladamente de:

la desgracia; y cuando hablemos de la amistad en la adversidad, explicaremos este punto. Mas, sea ó no voluntario el aislamiento, sus consecuencias son casi idénticas. En este capítulo estudiaremos las disposiciones en que se encuentran el espíritu, en tratándose de esta materia.

La primera disposición que engendra en el alma el aislamiento, es cierta acritud de ánimo que lleva á la misantropía. La flaqueza, la timidez del corazón, en fin, su inconstancia, es lo que nos lleva á perder los amigos en quienes tanto confiábamos: de aquí las decepciones que nos afligen; y tan dolorosa experiencia nos obliga á fallar en contra de la generalidad de los hombres, asentando que tales imperfecciones son patrimonio de todos; y que todos nos hallamos expuestos á incurrir en semejantes desvíos. ¿De dónde que las promesas de los hombres sean engañosas, superficial su corazón, y no más que un desvarío su amistad? ¿De dónde tanta prostitución de los sentimientos más delicados é íntimos? Si fuese verdad que se de-

biera desconfiar de toda relación que llama á la puerta de nuestro corazón, ¿no sería obrar con sabiduría y prudencia el rechazarlas con altivo desdén?

“Que es vuestro amigo, cada cual os dice; ¡Necio, si á su decir os atenéis!
El nombre vulgar es, pero la cosa
¡Ah! la cosa, cuán pocos conocéis!” (1)

— Ved lo que decía La Fontaine; pero no es bastante todavía, y Platón iba más allá de la realidad, cuando exclamaba irónicamente: “¡Oh amigos míos! os digo que no hay amigos!”

“¿Por ventura no es más que un sueño la amistad? se preguntaba el Padre Lacordaire. ¿Será sólo un nombre sublime y consolador? Madres hay que aman á sus hijos; esposos que aman á sus esposas; y aunque son vínculos imperfectos, pero existen; ¿y la amistad existe de igual

(1) Chacun se dit ami, mais fou qui s'y repose;

Rien n'est plus commun que le nom,
Rien n'est plus rare que la chose.—*La Fontaine.*

manera? ¿No será más que la flor de la juventud que se marchita cuando acaba la primavera de la vida ó una de esas nubes de oro que asoman con la aurora y no llegan á la tarde?"

Pero, si esto es así, ¿no debo considerar al mundo sino como un gran escenario donde los actores engañan á los espectadores, engañándose á sí propios? La Bruyère ha dicho, "que es una escena que se abre y se manifiesta todas las mañanas para engañar á su gente, y que á la tarde se cierra, después de haber engañado todo el día."

¡Ah! gusto más de vivir á cubierto de esas mentiras y en el desprecio de esos miserables hipócritas!
¡Atrás los comediantes de la escena del mundo! Atrás!! No hay amigos verdaderos, viviré solo y como escondido!

Pascal decía: "injusto es que se adhiera á mí, aunque lo haga con placer y de grado. Engañaré á aquellos que por causa mía sientan deseo de ser mis amigos; pues no soy yo el fin de nadie, y no quiero ni tener

go porque satisfacerles. ¿No estoy próximo á morir? Pues, morirá también el objeto de su afición.

Cuando se pierde una alma noble y uno se abandona al egoísmo, de suyo siempre árido, posible es encontrar en esta vida de aislamiento, un linage de satisfacción llena de misantropía y hasta salvaje; pero no es este el estado normal del corazón del hombre, por ser vida opuesta á la naturaleza

Así, para llegar á vivir tranquilamente en semejante vida, y ya en posesión del aislamiento voluntario, ¡cuántas horas de melancolía; cuántos aserrimos disgustos, dolorosos recuerdos y profunda tristeza no se experimentan!

En las calles y plazas públicas, encuentran el misántropo niños que se buscan para jugar, que se juntan y saltan en la alegría de sus inocentes y mútuas diversiones, éste, los mira y en mirándolos, siente su corazón abrumado de tristeza; porque él, desgraciado, donde quiera está solo.

En las fiestas del mundo cuan-

do al acaso se encuentra en ellas, veo jóvenes que cantan y ríen en amable compañía; otros que eha-cotéan y paséan ébrios de contento; aquél, los mira y en mirándolos, siente su corazón abrumado de tristeza; porque él, desgraciado, donde quiera está solo.

En lo íntimo del hogar de la familia, se encuentran esposos que se aman, que viven dulcemente de la misma vida; orgullosos y satisfechos con sus hijos graciosos y retozones; aquél, los mira, y él, mirándolos, siente su corazón abrumado de tristeza; porque él, desgraciado, donde quiera está solo.

En fin, en la naturaleza toda, al aire libre de las campiñas y los bosques, ve al misántropo que todas las criaturas de Dios tienden á unirse. Cuando el pájaro canta en la floresta, otros alados cantores responden á su reclamo; cuando ruge el león en el desierto, otros rugidos acordes le responden; aquél los escucha y, al escucharlos, como siempre, siente su corazón abrumado de tristeza; porque él, desgraciado, don-

de quiera está solo.

Soló, sí, siempre y donde quiera! y no tan solamente su corazón está abrumado de tristeza, mas también profundos suspiros se escapan de su pecho, y cuando en ciertas horas se desborda el sentimiento, gime y llora el infeliz! . . . ¡Oh vosotros los privilegiados de la tierra, no os moféis del sin ventura! no os riáis en presencia de las lágrimas de un corazón despedazado! creedme: aquel ser es inmensamente desgraciado! . . . ¿y estáis seguros de no serlo alguna vez también vosotros? . . .

Hay dos clases de personas inaccesibles á las tristes consecuencias del aislamiento. Las primeras son las almas virtuosas que se refugian en Dios, y le aman con todo el corazón, y con toda el alma y con todas sus fuerzas, indemnizándose, por decirlo así, con este amor de las ingratitudes y decepciones del mundo. Pero, así y todo, si tales almas no se allasen elevadas á un eminente grado de perfección, no dejarían de experimentar en ocasio-

nes cierto vacío atormentador en su naturaleza sensible; pero es cierto también que las prácticas religiosas llenan ese vacío con compensaciones que acallan sus disgustos. Una voz como voz del cielo les llama, prometiéndoles toda suerte de consuelos en sus penas. “¡Oh vosotros los que gemís bajo el peso del dolor, se les ha dicho, venid á mí, que yo os aliviaré!” Los corazones cristianos responden á semejante llamamiento, señaladamente en las horas trabajosas de su vida solitaria.

Hay seres insensibles, egoístas y personales que se hallan libres de las tristes consecuencias del aislamiento; y éstos se comprenden en la segunda clase que hemos apuntado. Nunca sufren moralmente, porque á nadie aman con el corazón, y ni siquiera experimentan la necesidad de ser amados. De los tales se suele decir, que no tienen corazón, ¡y aun se agrega, que son harto felices!

Felices son, sin duda, en cierta manera, pues se hallan inaccesibles á las dudas é inquietudes, celos y

tristezas, y á la muchedumbre de dolores que causan el tormento de la amistad. Juzgaríamosles como las más felices del mundo, si alcanzasen á gustar, en tal estado, de las dulces alegrías del corazón. Pero, es la verdad, que no están del todo libres de aquellos tormentos, sino mediante la privación de las cualidades que les harían experimentar sus ventajas. Porque no tienen corazón, no conocen las miserias ni las tristezas de la amistad; porque no tienen corazón nunca podrán comprender cuán dulce es amarla.

Existen espíritus fríos y calculadores, que en un lado de la balanza ponen los tormentos de la amistad y del otro la quietud del egoísmo, y se preguntan, si bien echadas cuentas, no valdría más vivir en esta última beatitud. No, decimos nosotros, mil veces no: hay en las dulzuras de la amistad sobreabundante compensación á los tormentos que en ella se encuentran. No seamos injustos: momentos hay en la vida de la amistad, que hacen olvidar largos años de sufrimientos.

— 97 —

Además, ¿será digno de una alma levantada y de un generoso corazón equilibrar así las alegrías y tristezas de la vida? Permitido es al espíritu razonar friamente sobre las teorías de la amistad; pero el corazón, en la intensidad de sus afectos, nunca razona. Ama porque ama; y todas las frías especulaciones de la filosofía no son para él más que argumentos sin valor y sin peso. ¡Honor, pues, al hombre que eleva su alma á la altura de ese desinterés personal! Nada grande ni bueno se ejecuta sin el corazón: como quiera que éste no vive ni se manifiesta en el mundo sino por el sacrificio.

CAPITULO XI.

La originalidad, extravagancia, frivolidad y generalidad en la amistad.

Aunque la verdadera amistad no es más que el resultado de la sensibilidad del corazón, hay personas de tal manera originales, que su propia originalidad se manifiesta hasta en sus afectos. Más aún: quizá el corazón más ingénuo en la amistad, si con detención se le examina, tiene sus originalidades, bien así como su carácter propio. Sin embargo, lo cierto es que se hallan amistades que derogan las leyes comunes y regulares del corazón; amistades que no pueden definirse, sin dejar por eso de ser profundas y verdaderas. El fenómeno de que vamos hablando consiste en un modo de amar aparte, con sus expresiones y maneras propias; y esto y sin abrigar la pretensión de amar de otra suerte que los demás, conserva cierta originalidad que le diferencia de los otros. Y cuando tales afectos

no se conocen lo bastante, sorprenden por el pronto y desagradan; pero, ya comprendidos, nos habituamos á sus maneras, encontrámoslas atractivas y reconocemos en ellas más veracidad que en las comunes.

Con cabal experiencia del corazón humano, se prueba que semejante originalidad en la amistad puede llevar hasta cierto salvajismo, por no decir hasta una especie de monstruosidad. ¿Habrá en este estado verdadero afecto y amistad verdadera? No nos atrevemos á afirmarlo: ¡tantos senos misteriosos hay en el corazón del hombre!

Las extravagancias en la amistad son harto frecuentes; y, con todo, no son más que excepciones de las reglas generales, y que á menudo, y sin que pueda uno darse cuenta de éllo, se aniden en el más afectuoso corazón. Debilidad del espíritu es, pero, á menudo, le domina sin que le comprenda. Quizá dependa semejantes extravagancias de la influencia de causas exteriores, pero Pascal nos responde: "No, mi humor no depende del tiempo; tengo

mis nieblas y mis días plácidos dentro de mí. Parécenos que las disposiciones irregulares del temperamento y las distracciones de un espíritu fuertemente preocupado, deberán explicar la mayor parte de esas anomalías.

La frivolidad es lo que menos se justifica en la amistad. No queremos hablar de la frivolidad de espíritu ni de la inconstancia del carácter: defectos son que extragan la amistad sin destruirla del todo, nos referimos á la frivolidad del corazón, á esa que caprichosamente pasa de una amistad á otra sin jamás fijarse en ninguna. Así, no deis el nombre de amistad, que no lo merecen, á aquellos fuegos fatuos del fivolo corazón. No asentaremos nosotros con un moralista, que “la amistad que no dura siempre nunca fué verdadera;” porque muchas causas hay que pueden romper los lazos de una verdadera afección. Advertirémos con Salustio á las almas inconstantes, que no hagan con la amistad como con las flores, las cuales se arrojan cuando ya no es-

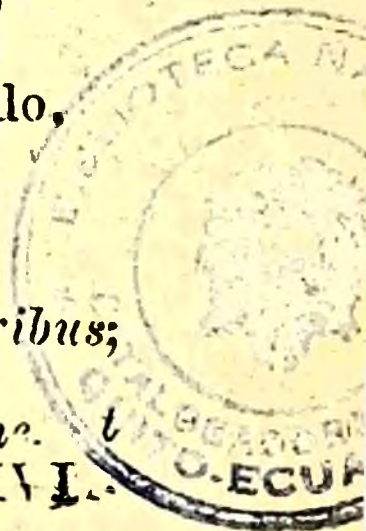
tán frescas (1); más bien las empeñamos para, que desconfíen de los amigos de un día, á quienes no se les puede llamar tales. “Maldito el hombre que confía en el hombre, y pone carne por brazo suyo!” dice Jeremías (2). Aplicaremos de grado esta expresión del profeta á la amistad de un corazón superficial; y no debeis olvidar que ésta es como los títulos antiguos: lo remoto de la fecha es lo que los hace estimables.

Para dejar apuntadas todas las imperfecciones de la amistad, debemos también señalar la generalidad de ella como su último defecto.

“Una estima se funda
En ciertas preferencias que acordamos;
Pero estimar a todos
Es no apreciar á nadie. Yo rechazo
De un corazón la vasta complacencia
Que no distingue al bueno del malvado,
Quiero que me distinguan,
Y, por decirlo de una vez, declaro:

(1) *Amisitiis nos est atendum ut floribus; tandiù gratis, quandiù recentibus.*

(2) *Maledictus qui confidit in homine. t ponit car .em brachium suum!—Jerem. XVI.*



Nunca será mi amigo

El que amigo es de todos sin reparo". (1)

Bourdaloüe escribía en cierta ocasión: "Se dice comunmente, y se dice con razón: el amigo de todos no es amigo de nadie. Y hay, en efecto, gentes de este linage: os divisan, vienen á vosotros con aire descubierta, os tienden los brazos, os saludan y abrazan, y entusiastas se ofrecen á vuestro servicio; en suma, después de mil protestas de amistad, se alejan, y luego preguntan al primero que encuentran, quién sois y cómo os llamais."

Bien se me alcanza, que muchos de vosotros os habréis encontrado con hombres así vulgares, que prodigan su amistad á todo el mundo.

(1) Sur quelque préférence que estime se fonde,

Et c'est n'estimer rien qu'estimer tous le monde.

J refuse d'un cœur la vaste complaisance
Qui ne fait du mérite aucune difference;

Je veux qu'on me distingue, et, pour le trancher net,

L'ami du genre humain n'est pas du tout
mon fait.—Molière.

Quizá os sentisteis gratos á las demostraciones de un amigo semejante; le cresteis y hablasteis de él con cierta complacencia; pero, muy luego conocéis que pruebas iguales de amistad ha prodigado á muchos. Por el pronto os tranquiliza la idea de que esas distinciones bien merecían aquellos, y acaso con igual derecho que nosotros, pero, hé aquí, que acabáis de convenceros de que la amistad con esos que no son dignos, era tan íntima como la que os manifestaba. Os sentís entónces humillados, y rechazáis esa amistad con altivo desdén. Mas no os quejéis con exceso, y culpad sólo á vuestra precipitación en haber confiado en élla: no habéis sido engañados del todo; vuestra desgracia está en haber dado con un vulgar corazón, y los de este jaez no son capaces de amar ni de ser amados (1).

(1) "Sé familiar pero nunca trivial. Una vez probado el afecto de los amigos que tengas, átalos á tu corazón con lazos de acero; pero no presentes tu mano al advenedizo á quien tratas por primera vez.)

PARTE SEGUNDA.

La amistad en las diversas condiciones de la vida.

CAPITULO I.

La amistad en la familia.—La amistad conyugal.

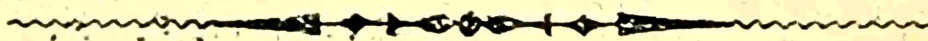
El peimer estado en que tenemos naturalmente que considerar á la amistad es en la familia, como quiera que en ésta se la encuentra con un carácter particular, si bien no del todo general, ya que los individuos que la componen son suscep-

*Be thou familiar, but by no means vulgar;
The friends thou hast, and their adoption tried,
Grapple them to thy soul with hooks of steel;
But do not dull thy palm with entertainment
Of each new-hatch'd, unfledg'd comrade.*

Shakespeare.—Hamlet.

“¿Sabéis, decía Séneca, cuál es el amigo de todo el mundo?—es el que se ama sobre todo:—*Qui sibi amicus est, hunc amicum omnibus.*”

tibles de diverso linaje de amistad. Hé aquí porque hemos dividido en varios capítulos lo que tenemos que decir de la amistad considerada entre los distintos miembros que componen la familia. Así, trataremos sucesivamente: en primer lugar de la amistad conyugal; después del amor paternal y maternal luégo del amor filial, y finalmente de la amistad fraternal.



La amistad conyugal.

No es cosa difícil caracterizar la amistad de los esposos; y puédese afirmar, que no es mas que el resultado de las causas que concurrieron al matrimonio. Decídme cuáles fueron los móviles de vuestra unión, y al punto os diré la clase y grado de vuestro afecto.

Hombres y mujeres hay que se casan llevados únicamente del in-

teres. ¿Qué amistad exigiríais á semejantes esposos, siendo así que se han casado sólo con la dote? A ésta han entregado su corazón; y bien así como el pabellón cubre la mercancía, guardan exteriormente fórmulas y apariencias de amistad; pero ello no es más que una máscara que engaña á los ilusos é ignorantes. Descorred ese velo, y no encontrareis en la intimidad de la familia más que una asociación codiciosa é inmoral.

Otros se casan por conveniencias de distinto género; ora por crearse una posición elevada, ora por un capricho, hijo del amor propio. Aunque éstos no son matrimonios de plata, como los anteriores, se efectúan siempre con la mira de un interés personal: el afecto entra en ellos como accesorio. Hemos oído confesar con suma candidez y sangre fría que horroriza, que no se han casado sino para formar una compañía que aumente el bienestar material de la vida. Como en las asociaciones mercantiles, son esposos que *han hecho compañía*; y necesario es que los

tales socios acaben por prestarse á cierta intimidad. Se preguntan entonces lo que cada cuál hace de su corazón y qué parte da al otro: pero rehuyen la respuesta: ¡tan indigna la suponen de una alma que se respeta y se tiene en algo!

En los motivos que concurren para la celebración de los matrimonios de que hablamos, nada moral puede alegarse, por lo que no debe causar extrañeza el encontrar en ellos sólo un simulacro de amistad. Prescindiendo del motivo determinante, y todavía suponiéndolo razonable y conveniente, son uniones rígidas por el egoísmo y el interés. Otros hay en los que el móvil es aún más inmoral y defectuoso, siendo así sus consecuencias más graves en lo tocante á la amistad: nos referimos á los matrimonios que se hacen de hombres ricos, pero viejos y achacosos, con mujeres pobres que dan en compensación los encantos de la juventud. Nada hay tan absurdo y monstruoso como esta clase de uniones, y harto de sentirse es que el rigor de las leyes no con-

rra á impedir las. ¿Qué amistad
cíproca se podrá exigir á los sé-
s que la componen? Suponed en
corazón del esposo sentimientos
sincerísima y tierna amistad; pe-
ro no veis que su mujer no puede
responder á su afecto sino con la
antipatía y el disgusto que causan
la achacosa vejez? Y no veis tam-
én cuán *contra natura* es la con-
ción de esta joven, unida á un an-
ano ya decrepito? Le amará, á mu-
cho conceder, como á un benefactor,
como á un padre; pero amarle co-
mo á esposo, es imposible!

Hay en fin matrimonios que se
verifican, no por interés ni por egoís-
mo, no por simpatía ni antipatía,
no simplemente por complacer con-
tra, ó por obediencia de las partes
contratantes respecto á sus favore-
cedores. Son dos desconocidos que
se entregan á la intimidad del ma-
trimonio sobre la palabra de un in-
termediario que lo decide. Cuando
las condiciones exteriores concuer-
dan en mutua armonía, puede acon-
tecer en estas uniones fortuitas, que
se encuentran la simpatía del carác-

ter y la amistad del corazón; pero, con todo, arrojarse así á las vicisitudes del matrimonio, es espouer la delicadeza de los sentimientos á crueles decepciones. ¡Y cuántos ejemplos que nos confirman en tan dolorosa experiencia no se ven todos los días!

Se dice que con el tiempo acaban por habituarse á las irregularidades de esas uniones mal dispuestas, y que resulta de aquí cierta amistad que los basta para no ser del todo desgraciados. Verdad es: humillaciones y sufrimientos hay, á los cuales, hasta cierta medida, se acostumbran, pero lo que no creemos es, que sea ordinariamente posible ingertar la delicada flor de la amistad en el inculto tallo de uniones de esta clase. “¿Por ventura se cogen uvas de los espinos, ó higos de los abrojos? (1)

Hemos apuntado todos ó casi todos los matrimonios defectuosos inconsultos y desgraciados (1); pero

(1) Namquid colligunt de 'spinis uvas, aut de tribulis ficus?—*Mat. VII, 16.*

(2) Sin duda á estos matrimonios aludía Moisés cuando dijo: “En cuanto al ma-

debemos agregar, para honra de la humanidad, que otros hay, en número mayor, que protestan contra el egoismo y la codicia de los primeros.

Estas venturosas uniones se hallan cimentadas en la estima y mútua confianza, en la simpatía y el amor. En éllas consiste la amistad en toda la plenitud y perfección de que es susceptible, y nada hay tan dulce para el hombre aquí en la tierra: es la realidad de los ensueños más bellos de la vida.—

Así es á la verdad; pero preguntamos, ¿cuánto tiempo duran? ¡Ah! aún aquí se descubre la imperfección de cuanto atañe al hombre! A tal pregunta, os respondemos con Pas-

trimonio, que no es más que un mercado de entraña libre, pero de duración violenta y forzada, depende sólo de nuestro querer. Mercado es este que se hace frecuentemente con distintos fines, y según ellos sobrevienen mil ocurrencias extrañas, que separan á los contrayentes, y son harto suficientes para romper el hilo y perturbar el curso de un vivo afecto. Allí donde hay verdadera amistad, no hay negocio ni comercio alguno que sea ageno de élla”.

matrimonios tan afortunados.

Cuando sólo se toma
En dote la belleza y nada más,
Remordimientos crueles
Presto á la ceremonia seguirán (1).

Bien triste es asentar lo que en esta nueva situación acontece con frecuencia: fué una inclinación natural, y acaso apasionada, la basa de aquellas uniones que se creían perfectas. Y luégo, cuando las vicisitudes del tiempo arrebatan los encantos que apasionadamente les prendaron, casi nada queda: ¡ah! la amistad no sienta sus reales en tan tristes moradas!

Y es todavía más dolorosa esta prueba, cuando prematura y accidentalmente viene ella á abrumar á uno de los esposos; la enfermedad, por ejemplo, que le arebata las gracias exteriores en las cuales el otro fundaba su afecto. Comprendemos

(1) Quand on ne prend en dot que la seule beauté,
Les remords est bien près de la solennité. -

Moliere.

cal: "Un tiempo proporcionado á la duración del hombre, que de suyo es frágil" Bien se podrá decir de esta flor de amistad, lo que el poeta escribía sobre la tumba de una jóven:

Y rosa, ella vivió tan solamente
Lo que viven las rosas,
El espacio fugaz de una mañana (1).

Pero veamos lo que se pasa en esas venturosas uniones. La simpatía, el efecto y la confianza reinan siempre en éllas; lo cual es mucho, sin duda, para asegurar la felicidad del hombre en el hogar de la familia. La amistad subsiste con todos los caracteres que la constituyen; y en élla se encuentra, sobre todos los recursos humanos, el más precioso y eficaz en las duras pruebas de la vida ellas, cuando la juventud se va, y se marchita la belleza, y los achaques y enfermedades aparecen, el amor huye casi siempre, y principia la irreparable ruina de aquellos

(1) "Et rose, elle á vecu ce que vivent les roses,

L' espace d' un matin."

que el deber existe entre los dos: el deber que origina la esperanza del desgraciado, y que inspira la abnegación, la generosidad en el otro consorte afortunado. Verdad es, pero cuán duro es el deber cuando es necesario cumplirlo sin descanso, y cuando no hay el estímulo de las ventajas que se buscaron! ¡Y cuán amargo es no alcanzar sino la abnegación del deber en recompensa de una ternura que no han podido amenguar en el corazón las enfermedades ni las flaquezas! El amor no existe ya en la intimidad de los esposos, y dicha será si se descubren los vestigios de una amistad marchita!

Otra situación, no menos falsa é infeliz que la que causan los achaques y enfermedades, es la en que uno de los consortes no ama al otro, en tanto que éste se consume de ternura. Y no solamente en el matrimonio se encuentra esta anomalía: ya hemos dicho que se la observa entre personas libres á las cuales no sajeta lazo ninguno. En tal estado se siente algo como fatiga y disgusto por aquel que no se ama, y cuyo

afecto nos persigue sin cesar; en tanto que el infeliz experimenta un verdadero y desesperante martirio. ¡Pobre alma, abrasada en la sed de ser amada, y á la cual ni una gota de amor la refrigera! las ondas están dolante de élla, ¡ah! pero los felices tan seclamente vienen á refrescarse en sus raudales! . . . En verdad que en ello hay mucho que iguala al suplicio de Tántalo!

Pero uno se sosiega ante tan tristes realidades, consideran . . o que en el matrimonio hay amistades que perseveran hasta el fin; y uniones tan afortunadas principiaron su carrera por la simpatía y la estima, la confianza, la amistad y el amor recíprocos. Con los años, miserablemente se debilita el amor y acaba por desaparecer; acaso algún accidente inesperado vino á cegar la fuente en la flor de la edad; pero como no era el amor el fundamento de esas uniones, sino un sentimiento de subidí-ima amistad, ésta sobrevive al amor y subsiste siempre: semejante al arbolito plantado en las márgenes de un río, cuyas ondas bienhechoras refréscanle todos los días,

de anudar su vida con los lazos de un nuevo afecto, y la acaba con el deseo de morir: la esperanza alhagüeña de reunirse en las moradas eternas con la persona amada, es la única que la consuela y le alienta.

CAPITULO II.

El amor paternal y maternal

Sería lastimar los sentimientos naturales del corazón y pecar contra la delicadeza de la lengua, el intitular este capítulo: *La amistad paternal y maternal.* Hay algo más ardiente y tierno que la amistad en el corazón de un padre y de una madre respecto á sus hijos: hay amor, el único verdadero amor.

Hubo un gran soberano, altivo y orgulloso, cuya vida toda se hallaba absorbida en proyectos de gloria y sueños ambiciosos de conquista. En estos grandes se encuentran de ordinario violentas pasiones, como si su corazón fuese incapaz de experimentar un amor plácido y tranquilo. Sin embargo, se ha visto á ese soberano estrechar dul-

que, al andar del tiempo, llega á ser árbol corpulento que resiste á las riosas tempestades. Bajo su fresca sombra descansan los esposos del durador trabajo y de los ardores incansables del día, y encuéntranla siempre presente en todos los períodos de la vida; como ese árbol nunca es estéril, saborean sus delicados frutos con delicia. Nada hay tan conmovedor como esta íntima unión de los esposos: juntos se caminan confiados por las ásperas sendas de la vida, alentados por el encanto de una amistad que permanece siempre joven. No es el amor con sus exagerados ardores; no: hay en ello algo más puro y sosegado: el abrazo firme y plácido de dos almas á las que nada alcanza á separar.

Tan feliz situación se ha poetizado en la metamórfosis de Philemón y Baucis; élla es ingeniosa, pero no pasa de ser una fábula. La triste realidad enseña que un día será inevitable la separación.... Un día, viene la muerte y arrebatada á uno de los esposos, queda entre los amantes brazos que le retenían; entónces el que aquí queda vive inconsolable; no consiente ni la idea

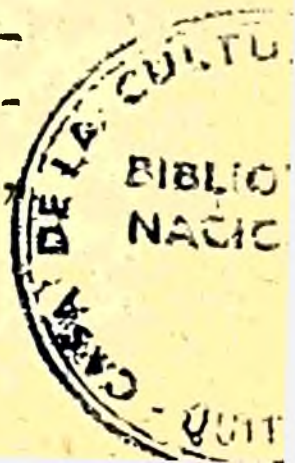
conmente entre sus brazos á un niño, colmarle de besos y jugar á sus infantiles juegos; él, que gobernaba pueblos numerosos, espíaaba los menores deseos del niño y obedecía á todos sus caprichos (1). Y no hay de que admirarse: aquel gran soberano era padre, y como tal, abrigaba en su seno un tesoro de amor.

He visto á un General en el campo de batalla, en medio de un fuego mor-

(1) Este fué, sin duda Carlos XII, Rey de Suecia, nieto del gran Gustavo III, asesinado por Ancaström en 1792; de aquel joven guerrero, quien con sus grandes conquistas se acarrió la admiración de toda Europa, cuando la historia, que como se encuentra cierto día en su habitación entreteniendo á su hijo ternezuelo, haciéndose caballito, penetró en su aposento un Embajador. El Príncipe no se sorprendió de que tal personaje le encontrara medio tendido sobre el pavimento y con el festivo chicuelo encaramado sobre él. Sin cambiar de postura, alza el Monarca la cabeza é interroga al recién entrado:—“Señor Embajador, ¿por ventura, so s también padre?”—“Sí, que lo soy, Majestad”.—“Entonces permitidme dar otra vuelta.” Y al punto principió á recorrer, apoyado sobre sus manos y piés, los ámbitos del salón, llevando al chico sobre sus espaldas.—*N. del T.*

á la cabeza de sus tropas. Silvaban las balas en sus oídos, los hombres caían á su derredor, el campo se teñía con abundante sangre, y él mismo se encontraba herido; sin embargo, no abandonaba su puesto; sereno y arrojado, nada alcanzaba á hacerle flaquear. Sí, pero al salir á la campaña, puede observarle, ya ataviado con sus armas y arreos, próximo á partir. Antes de cabalgar, tenía entre sus brazos á un niño que jugaba con su armadura y acariciaba el puño de la espada con sus manos infantiles. El general mirábale con ternura; y cuando le abrazó por última vez, al devolverlo á la madre, ví por sus mejillas rodar dos gruesas lágrimas. Pero no me admiró: aquel general era padre, y como tal, abrigaba en su corazón un tesoro de amor.

¿Habéis observado al hombre entregado á la ciencia? Se le ve á menudo distraído, aún en las cosas más positivas de la vida; está serio, pensativo, preocupado; y aunque joven, arrugas prematuras oscurecen el brillo de su pálida frente. Al contemplarlo así, bien podeis asegurar que



como graves ideas llenan esa cabeza, la ternura no tendrá cabida en su pecho; pero os equivocáis lastimosamente. ¿Recordáis la noche en que la visteis salir acelerado de su estudio con un libro en la mano? Miradle: se acerca suavemente á la cuna donde duerme una criaturita. Se sienta junto á ella, y, á la ténue claridad de la opaca lámpara contempla el quieto dormir del niño. Absorto en tan inefable contemplación, se le cae el libro que hasta entónces tenía en la mano; el ruido despierta al niño y nuestro sabio se apresura á tomarlo de la cuna; lo asienta sobre las rodillas, le canta y acaricia y lo llena de besos, con la delicadeza y ternura que lo hiciera una madre. Todo esto visteis y no os admiró: el sabio era padre, y como tal, abrigaba un tesoro de amor.

He visto, en fin, al campesino y al artesano de las ciudades, en el momento de dejar el uno su cabaña y el otro su humilde habitación para entregarse al trabajo. La mañana ha principiado; preciso es darse prisa, porque el taller está distante, y las horas se

cuentan con exactitud. No obstante, el obrero antes de partir, se detiene un momento delante de un niño suspendido á los pechos de la madre: le mira....y no sé qué indefnible emoción se dilata por su sér, que se refleja en su rostro. Acércase al niño y, depositando un beso en su frente, se aleja sonriendo con inefable ternura. A la tarde, cuando regresa á su hogar, molido por el trabajo del día, apenas entra, se halla con la sonrisa del niño que le tiende sus bracitos; y el artesano, al sentir las caricias de su hijo, olvida las inquietudes y fatigas del día. Ní en esta vez me admiro: el artesano es padre, y como tal, abriga en su corazón un tesoro de amor.

Iba también á hablar del amor paternal que experimenta el avaro y el hombre que se entrega á los placeres sensuales; pero, con raras excepciones, los táles no aman como los demás: ¡infelices! compadecedles, que hartos lo merecen! La avaricia y la voluptuosidad han envotado su corazón; y el niño, en el dulce hogar de la familia, no les espande en los santos y afectuosos gosos de la paternidad. Compa-

dezcámosles una vez más: ¡ infelices !

Hemos considerado los sentimientos que Dios ha puesto en el corazón del hombre cuando es padre, y cuando el niño se encuentra en la primera edad. ¿ Y que diremos tocante á los de la madre ?.....! Ah ! la madre ! no tenemos necesidad de considerarla en las distintas condiciones de la sociedad; siempre y donde quiera es la misma con relación al amor que por el hijo de sus entrañas experimenta. En efecto, sea la esposa de un magnate, de un príncipe, ó la de un oscuro obrero, podréis verla, cuando tiene al hijo ante sus brazos, cómo le estrecha contra su seno y devora con besos y caricias. Vedla también, cuando le mece en su cuna para adormirlo; vedla, señaladamente cuando enferma el niño y teme que se le muera; observad la expresión de sus facciones y de su mirada; la delicadeza de sus movimientos y de sus menores jestos; escuchad sus dulcísimos y sentidos cantos, arrullos del alma queja ambrosa y apasionada, esas palabras murmuradas en voz baja, las explosiones de su corazón!..... ¡ Mirad. escuchad todo es-

to, y decid luégo si alguna vez el amor se ha desbordado en más ardientes llamas, en ondas más abundantes, en más sentidos acentos!

El niño va creciendo y llega á joven; entonces el amor del padre y el de la madre adquieren algo de grave en su expresión, sin dejar de ser el mismo, siempre ardoroso y tierno en el centro de su corazón. De este amor se puede decir, con el cántico de los cánticos, que es fuerte como la muerte: *Fortis ut mors dilectio*.

El amor de los padres está condenado en ésta época á sufrir pruebas difíciles y dolorosas.

No son solamente las inquietudes y cuidados del porvenir de los hijos los que les preocupan: tienen que corregir sus defectos, enderezar sus malas inclinaciones, sosegar sus pasiones, castigar sus vicios, y, á las veces, tolerar su ingratitud.... ¡Oh! y cuán profundo no debe ser el amor de los padres para no desalentarse ante tan difícil tarea, ante tan grandes obstáculos! El carácter principal del amor del padre se manifiesta entonces por la energía; y en-

ocasiones tiene que recurrir á médicos severos. Sin embargo, no siempre es atinado y seguro su procedimiento, pues el amor le ciega.

Del padre el golpe casi siempre marra (1)

ha dicho La Fontaine, con la verdad que caracteriza todas las ideas de este poeta.

En vano protesta el padre, o

(1) "*Tout dère frappe à côté*".—Entre muchedumbre de modismos franceses es que uno tropieza cada vez que traduce ó leen un libro en francés, los hay de tal naturaleza y tan extraños, que el lector ó traductor que sea se encuentra harto embarazado y perplejo, para ver de dar una interpretación, cuándo exacta, cuándo propia, cuándo natural y debida. En la traducción del presente libro los he encontrado á granel; pero quizá ninguno me ha puesto en mayor perplejidad que el que encierran las cuatro palabras con que principia esta nota: *Tout dère frappe à côté*. Si se marró en la verdadera interpretación del modismo, ruego á los entendidos me lo observen, que su reparo si justo y atinado, no será echado en saco roto, como solemos decir, pero antes recibido como lección útil y provechosa.—
del T.

momentos de exaltación, que el indigno de su hijo no merecerá en adelante el afecto de su corazón; —pues Corneille ha dicho:

El padre es siempre padre;
Nada á borrar alcanzará el sagrado
Carácter con que al serlo se reviste (2).

En lo exterior y aparentemente, hay menos energía y firmeza en el amor de la madre para con su hijo adolescente. Parece que, atenta la delicadeza de su natural, debería ser débil en la corrección y flaca en medio de las pruebas. Pero no es así, y todo el mundo reconoce, que sin embargo de ser su amor tan dulce é insinuante, y de manifestar exteriormente menos energía y firmeza cuando corrige al hijo, no es menos incuestionable que demuestra en tales ocasiones más paciencia, resignación y perseverancia. En tanto que el padre se deja llevar por el ardor y la violencia de carácter, la madre se está allí sosegada; ruega y llora, sufre y espera; hay en esas esperanzas y sufrimientos, en esos ruegos, y lágrimas no sé qué emoción

indefinible, y poderoso encanto capaces de enternecer y ganar el más rebelde corazón.

“La dulzura obra más que la violencia,” decía nuestro poeta fabulista (1). Por tanto, es más íntima la ternura de una madre que no la acompaña el amor del padre. De todas las maravillas de la naturaleza, el hombre es seguramente la creación más admirable; pero en tan sorprendente creación, se puede asegurar que la obra maestra es el corazón de una madre. Hé aquí la verdad en toda su extensión; mas, ¿por qué encontramos tan á menudo monstruosas excepciones?

Observando atentamente las manifestaciones del amor paternal y maternal, se puede asegurar sin recelo ninguno, que hay algo más maternal en el amor del padre para con sus hijos, y al contrario, algo más paternal en el corazón de la madre hacia aquéllos. Me explicaré para que se comprenda mejor.

(2) Un père est toujours père,
Rien n' en peut affaiblir le sacré caractère.

Ení tanto que el padre es inexorable y, en ciertas ocasiones, severo para con los hijos, ¿no es verdad que se muestra más tierno é indulgente respecto á las hijas? Al contrario, no es raro ver madres incontrastables y severas en el afecto que profesan á sus hijas, en tanto que lleva la tolerancia hácia sus hijos hasta la ceguedad y extrema condescendencia.

Considerando tal fenómeno, me encuentro como forzado á pensar, que Dios así lo ha querido, para llenar en bien del niño, lo que pudiera faltarle en la armonía de aquel equilibrio providencial. Sí, el padre sería demasiado severo para con sus hijos sin el contrapeso que le opone la indulgencia maternal; y recíprocamente, el amor hácia sus hijas sería harto condescendiente sin la dulce firmeza que comunmente anima al corazón de la madre. ¡Cuán admirable es este misterioso amalgama! cuán maravillosa la armonía que en ello ha establecido la Providencia! ¡Cuánto no será el amor que arde en el seno de Dios desde que ha rodeado de tantas precauciones la debilidad del niño! Con razón el Rey

prefeta le dijo: “¡Ah! sí, Señor, con gran respeto habéis dispuesto cuanto al hombre se refiere”. (1)

El amor sufre naturalmente modificaciones en el corazón de los padres á medida que los hijos se adelantan en la vida. Su afecto se caracteriza por cierta gravedad que de suyo se produce; pues en esta época no tienen los niños necesidad de la ternura y cuidados que en los primeros años de la infancia; y, además, los padres empiezan ya á preocuparse del porvenir de sus hijos, y temen prodigarles las caricias de otro tiempo recelosos de recibir ingratitude en recompensa:

Con todo, es inagotable la ternura en el corazón de los padres. Dios les ha provisto felizmente, como en compensación, de los sentimientos del más tierno é íntimo afecto para con los hijos de sus hijos. El padre y la madre encontrarán en sus nietecitos la dulzura y el consuelo de su vejez. Tomaránles en sus brazos y les es-

(1) Cum magnâ reverentia disponis nos. Sap. XII, 18.

trecharán contra su seno, y sentirán como que renace en su propio sér cuanto experimentaban de afectuoso y dulce hácia sus propios hijos. Y cuando esas criaturas les sonrían, correspondiendo á sus mimos y caricias, se imajinarán los abuelos trasportados á otrss felices tíempos en que tanta felicidad les reportaba el amor filial, y se sentirán dichosos y contentos. Puede haber afectos más exaltados que el amor de sus padres hácia sus hijos, pero nunca qabrá otro más sincero, abnegado y tierno. Descaminado anparíais si buscáseis, fuera del amor de Dios para con los hombres, un afecto máas pmo y desinteresado que el de que os hemos hablado.



CAPITULO III.

El amor filial.

Cuando miráis que el niño, sobre las rodillas del padre ó en los brazos de la madre, corresponde con caricias á los abrazos que le prodigan, quizá meditáis acerca de lo que pasa en la inteligencia y corazón del niño. ¿No habrá en lo que observáis otra cosa que un resultado del bien estar instintivo y puramente material? No, nunca lo habéis creído así, y eso con sobrada razón.

En esa inteligencia, incapaz aún de convinar deseos, hay sin embargo, una manifiesta percepción intelectual. Lo que por el gesto y las miradas se revela, es cierta afección inteligente, uno como amor del corazón.

Sí, en los bagidos de aquel labio infantil, en esos delicados trasportes, espontaneos, naturales, hay un sentimiento que bien puede llamarse moral: la inteligencia y el corazón hacen como su primera manifestación: es cual la aurora en sus prístinos resplandores;

la expansión de sus más tiernos gérmenes; es, en fin, como el gracioso nacimiento de esa alma infantil.

Esto supuesto, concluiremos asentando, que el amor filial es del todo natural, desde que tan pronto se manifiesta en el alma del niño. Con todo, veamos lo que qu acontece diariamente, y cuyos resultados nos dejan en absoluta perplejidad.

“Los padres, asienta un severo moralista, siempre temen que se acabe el amor natural de los hijos. . . . ¿Qué suerte de afecto natural es éste sujeto á acabarse? La costumbre es también una segunda naturaleza que destruye la primera. ¿Y por qué la costumbre no es natural? . . . Harto me temo que esa naturaleza no sea en sí más que una primera costumbre es una segunda naturaleza (1)”.

(1) “El respeto es antes de los hijos para con los padres, decía Montaigne. La comunicación se alimenta de comunicación, la cual no puede encontrarse entre unos y otros por la gran disparidad que existe, y acaso porque se lastimaría los deberes impuestos por la naturaleza. Así, ni los pensamientos secretos de los padres puede co-

Si no se nos hubiese ocurrido pensamiento tan temerario, no lo hubiéramos expresado, ante la opinión contraria acreditada generalmente. Pero como es el Pascal, quien á las veces es exagerado y severo en sus apreciaciones morales, juzgamos que, en el punto de que se trata, no se puede reprochar del todo.

Finalmente, sea cual fuere la causa inmediata del amor filial en el corazón del niño; provenga de la naturaleza ó de la costumbre, debemos elevar á lo alto nuestro pensamiento y decir: Dios es el primordial principio de amor filial, y Él lo ha puesto en el corazón del tierno niño.

Con todo, preciso es confesar que este primer afecto es harto egoísta y superficial. Más tarde, cuando el niño ha crecido, se ve con indignación ó, la asombrosa facilidad con que olvida al mejor de los padres y á la más tierna de las madres. En tal

comunicarse á los hijos, á riesgo de engendrar una confianza inconveniente, ni las advertencias y correcciones, que es uno de los principales oficios de la amistad, podrían ejercer los hijos para con sus padres

o que necesita de éstos, se refugia en la ternura y solicitud de ellos; pero, así que puede bastarse á sí propio, como que se entibia su afecto; soporta, con escasa pena, una separación que causa á los padres inquietudes y lágrimas, y cuando la muerte los arrebatara, ¡ay! el duelo del hijo acaba pronto!.....

La experiencia nos confirma en este hecho; pero hay, y lo decimos con satisfacción, numerosos excepciones. El amor filial, á las veces, se fortifica y desenvuelve con la edad, y llega á ser en el corazón del niño uno como culto, que lo comprenden estas dos palabras: *piedad filial*.

La piedad filial es un afecto menos familiar que respetuoso, sin dejar de ser siempre verdadero amor. En la edad más ardorosa y combatida de la existencia, distante como cerca, el recuerdo de un virtuoso padre ó de una madre cristiana, se representa al alma del joven como una imagen sacrosanta. Bástale á menudo este gratísimo recuerdo para detenerse, cuando se ve esediado por la tentación ó próximo á descender por la

pendiente del mal; en tan grata recordación halla poderosos estímulos para practicar las virtudes más difíciles. No aconteciera así, si en esta memoria sólo hubiese un pensamiento vago; pero como hay sentimiento y verdadero sentimiento del corazón, el amor filial, sobre excitado con tan venerando recuerdo, levanta el ánimo, y le fortifica de tal manera, que le hace capaz de los mayores sacrificios.

Así, cuando el amor filial tiene ocasión de testificar su abnegado afecto, no ve en éllo tan solo un mero deber, sino que, en el cumplirlo, encuentra gran felicidad. Que un revés de fortuna, un contratiempo cualquiera; ó una enfermedad vengán á visitar á un padre amado ó á una queridísima madre, los buenos hijos pondrán al instante cuanto poseen al servicio de los padres. Y no sólo sacrificarán fortuna, mas también su salud, y, si fuese necesario, aun su vida. Y no sería un sentimiento arrebatado el que les impeliera á realizar estos graudes actos: sería, lo que repetimos, la piedad filial, guiada por el amor, sin duda, pero con la calma y sencillez que la caracteri-

zan.

En la vejez de los padres, es sobre todo, donde el amor filial da preciosos y conmovedores testimonios. Cuando la vida no es para los ancianos más que una serie continuada de sacrificios; cuando han visto desaparecer unos tras otros los bienes que poseían, como el árbol que va sacándose y muriendo ve caer todas sus ramas. ¡oh! cuán grato les es recibir los testimonios de un amor siempre respetuoso y tierno, siempre abnegado y sincero! ¿cuán conmovedor no es entonces el ver cómo el amor filial se convierte, por decirlo así, en amor paternal y maternal en punto á solícitos cuidados? Felices y consolados se sienten los ancianos que concluyen sus días en medio de los cuidados y caricias de sus hijos y de los hijos de sus hijos! Pero, ¡ay! ¿por qué tan dulce consuelo falta á menudo á muchos padres?

Nos es forzoso repetirlo: la ingratitude absoluta, ó á lo menos la relativa de los hijos para con sus padres, es lo más común. La ingrati-

halla de toda razón, es siempre una monstruosidad, si bien no es muy frecuente; pero la relativa es cosa tan ordinaria, que hemos llegado á acostumbrarnos á élla. Y no hay por que admirarse de esto: los hijos no hacen otra cosa que devolver á los padres la ingratitud de que ellos también fueron culpables....

¿Cuáles son los hijos que hayan amado á sus padres tanto como de estos fueron queridos?

“Cuando niños, dice el Padre Lacordaire, se nos amaba más de lo que nosotros amábamos; y cuando ya somos viejos, amamos, á nuestra vez, más de lo que se nos ama. Honra es del hombre volver á encontrar en sus hijos la ingratitud que ellos abrigaron para con sus padres, y concluir así, á semejanza de Dios, por un sentimiento desinteresado”.

Con todo; llega con frecuencia un día en que el corazón menos reconocido siente reanimarse interiormente el sentimiento del amor filial: es en la hora en que la muerte va á arrebatarnos á un padre ó á una madre á

quien se ha constrictado con ingrati-
tud. En ese día supremo experimen-
ta el hijo culpable remordimientos
que le despedazan el alma; y para
acallarlos y para reparar en cuar-
to sea posible las faltas del tiempo
pasado, estalla en las manifestacio-
nes de un veraz amor que no era co-
nocido y del cual acaso no tenía con-
ciencia. Se esfuerza, arrostrando
cuantos sacrificios se presentan, pa-
ra hacerse perdonar las faltas pa-
sadas que tanta amargura le causan;
y cuanto más el padre asperimente ó
la madre moribunda se muestra ge-
nerosa en perdonarle, tanto menos se
perdona á sí propio de no haberles
amado como se debía; y si los ve es-
pirar, se considera el más infeliz de
los mortales. Todos hemos visto al-
guna vez las lágrimas y hemos oí-
do los gemidos de un hijo sobre la
tumba del padre, y viéndole y es-
cuchándole, y aún sabiendo que
fué un hijo malo le hemos compade-
cido.

Preciso es convenir, para ser jus-
tos en nuestras apreciaciones, en que
el amor filial se halla en ocasiones

...pruebas. Cuando un padre ó una madre se ha desviado del sendero del deber, convirtiéndose en vicioso y despreciable, ¿qué amor, qué piedad filial se podrá exigir de los hijos? Quanto en este caso pueden hacer, es cubrir con el velo de un silencio mudo y doloroso las ignominias que los humillan. Exigirles más sería pedir demasiado: sería acaso demandar lo imposible.

CAPITULO IV.

La amistad fraternal.

Lo amistad fraternal estriba en la homogeneidad de la sangre; es vínculo de la naturaleza, en el cual, más todavía que en los que ligan con los padres, la costumbre entra en buena parte. La facilidad con que todos los días se rompen los lazos naturales, sólo prueba lo frágil del nudo

que los sujeta.

En efecto la amistad fraternal no se explica menos por la costumbre y la conveniencia, que no por la homogeneidad de la sangre. Y si á ello se agregan el hábito ordinario de una vida común con la familiaridad que resulta, se encuentra la razón de esta familia.

Debemos reconocer que en la amistad fraternal hay, junto á los elementos naturales, otros artificiales y como sobrepuestos. Y no es siempre la naturaleza la que los produce; sucede frecuentemente que esa amistad no es más que una forma exterior, bastando que se presente de por medio el menor interés personal para hacerla hasta en la apariencia desaparecer.

Bien poco sólido deberá ser el fundamento de la tal amistad, desde que el interés y el egoismo pronto la destruyen. Así es por desdicha, y una triste experiencia nos lo confirma á la continua; y aunque son muchos los puntos de contacto entre hermanos y hermanas, cuando el interés personal no está dominado por ver-

verdadera amistad y generosa abnegación, muy luego la discordia la reemplaza.

Entonces la amistad fraternal, como para vengarse de semejante opresión, se convierte en odio fratricida. ¡Y cuán execrable no es este odio de que lleva en sí tanta acrimonia y ferocidad!

Agrego yo, que sin traerá la culpa el aborrecimiento filial, el odio fratricida es, de cuantos hay, el que nunca se debe perdonar. Pues, no es tan solamente la opinión universal la que la condena, más también la sangre y la naturaleza protestando contra él; y Dios mismo le persigue con anatemas que siempre aguardando la eternidad para realizarse.

Si á la amistad fraternal debiera acompañar todos los caracteres de la amistad en general, sólo existiría en la familia como una excepción. Pero felizmente se hallan en ella ciertas condiciones que suplen lo que le falta. Entre dos hermanos, ó un hermano ó una hermana, que no se tenga mútua simpatía, fuera de los vínculos de la naturaleza y de la san-

...e, existe el padre y la madre, cuya influencia es eficaz en el corazón de los hijos; y ésta tan dulce influencia como lazo que les junta, en tanto que otras circunstancias tienen á desunirles.

Trayendo á la cuenta los elementos que constituyen la amistad fraternal, preciso es no exigirle demasiado: en sus dulces lazos no ata sino á corazones que simpatizan entre sí; y menos puede obligársela á llevar hasta la ternura del amor. Que establezca entre hermanos y hermanas relaciones buenas y agradables, que las mantengan en paz y armonía, hé aquí cuánto de ella se puede exigir.

“A la verdad, decía Montaigne, hombre hermoso y lleno de amor es el de hermano; pero esa mezcla de bienes comunes, trae la división, afloja y debilita la soldadura fraternal. Teniendo los hermanos que seguir en el crecimiento por el mismo sendero y al mismo paso, forzoso es que en menudo se contradigan y choquen. Mas, ¿por qué se halla en la amistad fraternal la correspondencia y

trato que engendran las verdaderas amistades? El padre y el hijo, así como los hermanos entre sí, pueden ser de carácter enteramente distinto. Es mi hijo, es mi pariente; pero apesar de eso, es un hombre feroz, un malvado ó un estúpido. Y luego, á medida que tales amistades nos las imponen la ley y la natural obligación, pocas hay que merezcan la elección de nuestra voluntaria libertad, la cual no tiene resultado que sea más propiamente suyo como el afecto y la amistad”.

Los padres nunca quieren confesar esta verdad. Paréceles natural medir según las proporciones del amor que tienen á sus hijos, los sentimientos que quisieran ver reinar entre ellos. Su corazón se subleva con sólo la idea de que no se juzge ni sienta á su modo; y cuando observan que uno de sus hijos sienten por *extraños*, como llaman á los de afuera, un efecto que quisieran encontrarlo aplicado de otra suerte, prorrumpen en exclamaciones de indignación. Msnester es ser indulgente en presencia de tales exigen-